




Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 70 Febrero de 2024



Deseo de los ápicos



Pío VIII conducido
en la silla gestatoria
Palacio de Versailles

collections.chateauversailles.fr (CC3.0)

Ápice y punto de referencia de todo en la Tierra

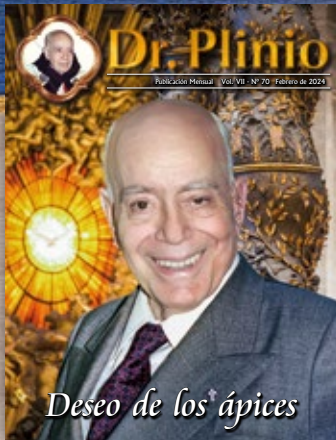
La consideración del Papado como ápice de todas las cosas de la Tierra me confirmó en la tendencia, propia de mi alma, de entender que todo está orientado hacia un pínaculo, de manera a considerar que un orden sólo puede ser debidamente admirado cuando conozco y admiro el ápice, el cual contiene, sintetiza en sí todo cuanto hay de bueno y bello en cualquier orden.

Recuerdo la reflexión que hice cuando tomé conocimiento de la existencia del Papado: “¡Eso lo voy a guardar para mí como punto de referencia de todos mis pensamientos: existe esta cumbre!”

(Extraído de conferencia de 21/05/1985)

Sumario

Vol. VII - No. 70 Febrero de 2024



En la portada,
Dr. Plinio en 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

2	SEGUNDA PÁGINA <i>Ápice y punto de referencia de todo en la Tierra</i>	
4	EDITORIAL <i>Las bellezas de la Cátedra de Pedro</i>	
5	PIEDAD PLINIANA <i>Madre y Refugio de los pecadores</i>	
6	DOÑA LUCILIA <i>Convivencia amena y formativa</i>	
8	DENUNCIA PROFÉTICA <i>Perspicacia y caridad en la formación de juicios y sospechas</i>	
13	DR. PLINIO COMENTA... <i>Matices de la Iglesia</i>	
18	SANTORAL <i>Santos de Febrero</i>	
20	EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO <i>Tendencia continua hacia el pináculo</i>	
27	HAGIOGRAFÍA <i>Sentido jerárquico y Contrarrevolucionario</i>	
31	LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA <i>Bécassine, el espejo de la Francia arquetípica</i>	
36	ÚLTIMA PÁGINA <i>Admirable ejemplo de amor y odio</i>	

Las bellezas de la Cátedra de Pedro

El Papado tiene diversas camadas de belleza. En cuanto instituida por Nuestro Señor Jesucristo –“Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18)– y que llega hasta nuestros días a través de todas las vicisitudes por las cuales pasó: lances de suprema gloria como de la mayor humillación y oprobio terrenos; ora expuesta a las mayores vacilaciones ora asentada en la más firme seguridad, la Cátedra de Pedro tiene una belleza estrictamente religiosa, que es suprema.

Otra forma de pulcritud inherente al Papado es la de gran institución existente dentro de la historia italiana, con todo cuanto eso significa. Entonces, tomando los pontificados de San Gregorio VII, de Bonifacio VIII –con la bofetada de Anagni–, después los del período anterior al protestantismo, los de la Contrarreforma y los posteriores a esta, Pío VI, Pío VII que fue tomado prisionero, las glorias y las humillaciones del Papado, sus flaquezas...

También en cuanto reyes de los Estados Pontificios, viviendo en los esplendores del Vaticano, inmersos en el ambiente de la cultura italiana, formando en torno de sí aquella nobleza romana y toda la sedimentación cultural, histórica y artística que constituye un merecido ornato temporal del Papado en su gloria religiosa.

Se distinguen, pues, dos glorias. Este segundo aspecto es el del Papado como una grandísima institución terrena, europea, italiana, romana. Hay, inclusive, una cierta continuidad de la Roma de los Césares en el caso.

Son aspectos que no se contradicen, se suman, formando una pulcritud verdaderamente única.

Vista así, la Cátedra de Pedro presenta varias camadas de majestad, de las cuales una es la propia majestad de Nuestro Señor Jesucristo y la del pensamiento teológico, de la misión profética y divina a través del tiempo.

Otra es la gloria histórica de una institución que resistió tanto, sobre la cual se acumularon los siglos, que interactuó tan a fondo en la historia de todos los pueblos, siendo el alma y la consciencia de las naciones más importantes de la tierra.

Después, el ocaso, con dignidad, del poder papal; es otro aspecto que contiene también una gran majestad.

Todo eso se expresa en los guardias suizos, en la guardia noble, en la guardia palatina, en las trompetas de plata de Miguel Ángel, en la silla gestatoria, en la corte pontificia, en la gloria de Bernini, y hasta en los *sampietrini*.¹ Gloria como esa no se manifiesta en ningún otro lugar, es única.

Ay, gloria que va siendo eliminada... De hecho, no sería tan gloriosa si no fuese así, pues todas las cosas que tienen verdadera gloria están siendo extintas.²

1) Adoquines de la plaza de San Pedro.

2) Cf Conferencia del 27/1/1983.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Virgen de la Misericordia – Museo de Arte Sacro, Teruel, España

Flávio Lourenço

Madre y Refugio de los pecadores

Señora y Madre mía, a vuestros pies está, herido por el pecado, el hijo y esclavo que hace poco se encontraba en una tan elevada y suave unión con Vos.

Vengo a pedir os perdón y misericordia. No tengo méritos ni virtudes que mostraros para obtener de Vos lo que ruego, pero Vos sois la Madre y el Refugio de los pecadores.

Amadme, Madre mía, a pesar de mi pecado. Permitidme la filial osadía de deciros: amadme por causa de mi pecado, o sea, con el amor que tenéis a los infelices que pecan.

Os ofrezco mi pobre condición de pecador, mis debilidades y miserias, seguro de que vuestra sonrisa acoge mis pobres dones.

Me encuentro tan débil que temo ofenderos de nuevo, pero desde ya tengo la certeza de que me perdonareis y no me abandonaréis.

En mi aridez siento ser tan grande mi miseria que no puedo ir hacia Vos. Venid, pues, a mí y todo se resolverá.

(Compuesta en la década de 1970)



Archivo Revista

Convivencia amena y formativa

Lleno de saudades, el Dr. Plinio recuerda su convivencia con Doña Lucilia con ocasión de las temporadas de reposo que pasó en Aguas da Prata, donde su madre, sin importarle sus propios sufrimientos, distraía y formaba a su hijo con las historias de Bécassine.

Plinio vestido de español con ocasión del carnaval, en Águas da Prata, cerca del año 1920

Doña Lucilia con Plinio y su prima Ilka, en Águas da Prata

Doña Lucilia comentó conmigo innumerables veces las historias de Bécassine. Como la Fräulein me enseñaba francés y yo ya había estado en Francia, sabía hablar un poco de esa lengua. Por eso, yo mismo leía la historieta, no era necesario que mi madre me la contara. Pero ella me explicaba las escenas y actuaba con mucho sentido educativo, porque a veces me incentivaba a hacer comentarios.

Y yo, siempre muy locuaz y expansivo desde mi primera infancia –a propósito, es un hábito que no perdí–, hacía muchas preguntas porque no en-

tendía bien ciertas narraciones, y ella me dejaba hablar a gusto, sobre todo cuando era más niño. Yo leía otras cosas por mí mismo y comentaba, mientras ella rectificaba o desarrollaba mis comentarios. Sin embargo, la raíz era mi comentario y no su explicación.

Entre más ella sufría, más se entregaba

Lo que más me acuerdo con respecto a Bécassine se refiere a una temporada que pasé en Águas da Prata. En aquel tiempo era un poblado, pero después creció. Allá había aguas con-

sideradas muy benéficas para quien padecía de enfermedades hepáticas. Como mi madre sufría mucho del hígado, íbamos allá con frecuencia para hacer estancias que, según las costumbres del tiempo y la orden médica, deberían ser de veintiún días. Generalmente viajábamos durante mis vacaciones. Iban mi padre y mi madre, mi hermana y yo; a veces también mi abuela y otros parientes. Ellos no necesitaban ir por indicación médica, sino apenas para distraerse, pues el ambiente del hotel era simple y tenía comida de buena calidad. Sobre todo, me acuerdo de los excelentes cabri-

Archivo Revista



tos, de la mantequilla muy buena, hecha con leche de cabra, y del excelente pan! Para mí, eso ya bastaba.

En esa temporada a la cual me refiero, yo tenía unos doce años, más o menos, y me enfermé. El médico me recomendó acostarme inmediatamente, y ella se quedó cuidándome. Yo no necesitaba nada más, pues tenía una confianza total en ella, y ni siquiera quise saber cuál era la enfermedad. Entonces, con paciencia, bondad y afecto muy grandes, mi madre me hacía compañía. A veces se sentaba a mi lado o en mi cabecera, apoyada sobre las almohadas y colocando delante de mí la historieta de Bécassine para que la hojeáramos juntos.

Sin embargo, cuando yo estaba saludable sucedía lo contrario: Doña Lucilia se acostaba durante el día y cerraba la veneciana de su cuarto, por donde entraba una luminosidad muy

agradable; nunca fui amigo de luces muy fuertes, siempre preferí la luz tamizada. En esas ocasiones, yo iba hasta su cuarto llevando a Bécassine, me recostaba a su lado y comentábamos la historieta. Yo estaba seguro de que ella tenía por eso una gran atracción, pues siempre mostraba mucho interés y complacimento. A tal punto nunca me pasó por la mente que a ella no le estuviese gustando aquello. Solo a mis cuarenta años, más o menos, me surgió la duda a ese respecto, pero ya era tarde...

¡Me gusta que él esté aquí!

Cuando yo me daba cuenta de que todos los niños de la familia estaban jugando afuera, en el jardín, ¡yo huía! Pasaba por mi cuarto –contiguo al de ella–, cogía a Bécassine y me iba a sus aposentos. Ahora bien, si ella estaba con los ojos cerrados, no la despertaba, claro, pero eso sucedía de un modo relativamente raro. Generalmente, mi madre

estaba rezando o descansando, viendo algo, e incluso en oración, yo entraba sin escrúpulos de interrumpir, pues me parecía que después ella tendría tiempo para rezar, y decía:

– *Mãezinha*¹, el otro día dejamos Bécassine en tal punto, ¿podemos continuar ahora?

– ¡Claro, hijo mío, ven aquí! A veces, para liberarla, mi padre entraba y decía:

– Plinio, ¿no ves que tu madre está descansando?

Y ella decía con mucha bondad:

– A mí me gusta que él esté aquí.

Yo miraba a mi padre y decía:

– ¿Ya vio?, ella está gustando...

Creo que ella hacía, por detrás de mí, alguna señal para que él no insistiese. Entonces mi padre hacía una cara de desolación, como diciendo: “No hay remedio...”, y salía del cuarto. ♦

(Extraído de conferencia del 9/6/1984)

1) En portugués, diminutivo afectuoso de madre.



J. Pinchon



J. Pinchon



A la izquierda: el Hotel Costa, donde Doña Lucilia se hospedaba con la familia en las estancias en Águas da Prata. Arriba: estación ferroviaria de esa ciudad



Perspicacia y caridad en la formación de juicios y sospechas

La temática “juicio temerario” ha dado margen a muchos equívocos, fruto del menosprecio de la perspicacia y mala interpretación de la caridad. En las enseñanzas y ejemplos del Divino Maestro encontramos el supremo modelo para practicar estas virtudes.

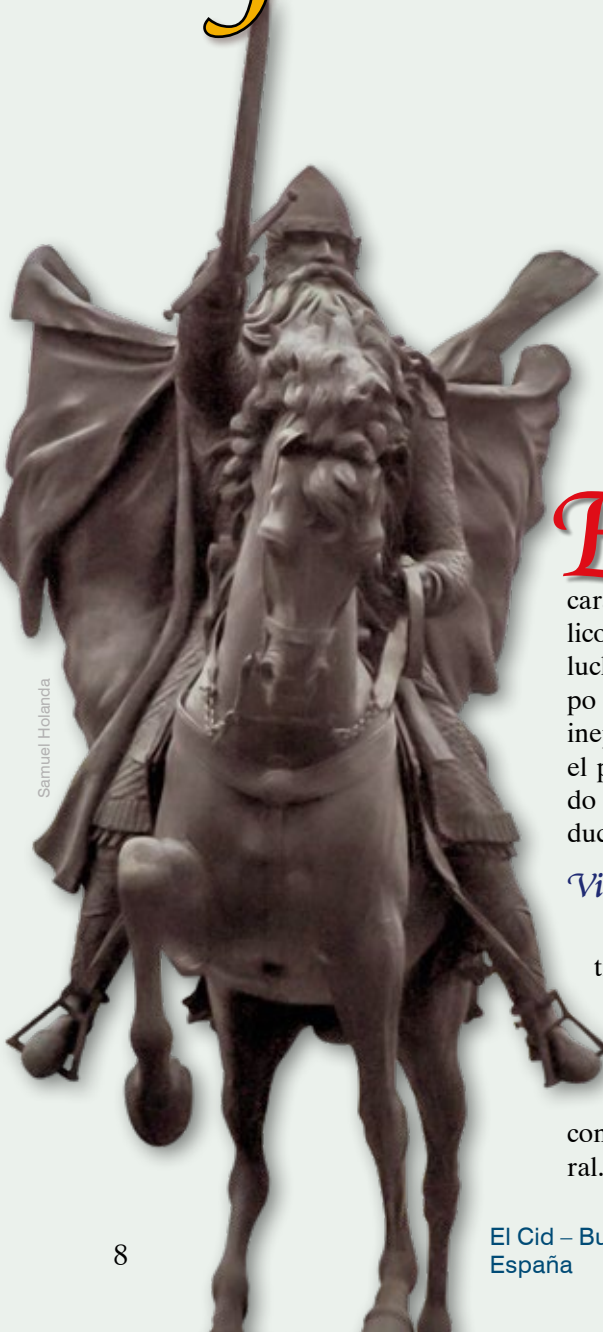
En artículos anteriores, hemos mostrado la acción nociva del liberalismo religioso, que se caracteriza en deformar en los católicos las virtudes más adecuadas a la lucha y al combate, creando así el tipo ridículo del “carola” inofensivo e inepto, que el propio liberalismo es el primero en estigmatizar afirmando que la Iglesia no es capaz de producir figuras diferentes de ésta.

Virtud de la perspicacia

Si el liberalismo se empeñó particularmente en engañar a las masas católicas respecto de la virtud de la fortaleza, es positivo que otra virtud, la de la perspicacia, también ha sido muy combatida por la propaganda liberal. Muchos católicos seguramente

se habrán sorprendido cuando afirmamos que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo es una inigualable escuela de energía y heroísmo, en el sentido más belicoso de la palabra. Su sorpresa no será menor si les dijéramos hoy que el Evangelio es una inigualable escuela de perspicacia y que Nuestro Señor Jesucristo inculcó reiteradamente esta virtud.

¿Qué viene siendo la perspicacia? Es la virtud por la cual nuestra mirada, transponiendo las apariencias engañosas presentadas por las personas con quienes tratamos, penetra hasta la realidad más recóndita de su mentalidad. Así, se dice de una autoridad eclesiástica o civil que es perspicaz si, a través de la minuciosidad de los consejos e informaciones que recibe, sabe discernir la verdad del



Samuel Holanda



Gabriel K.

Alegoría de la Justicia.
Museo Hermitage,
San Petersburgo, Rusia

error, adoptando en consecuencia una línea de conducta conforme a los intereses que tiene entre manos.

Dentro del mismo orden de ideas, se puede decir que es perspicaz un médico que sabe discernir la existencia de una molestia, a través de los más ligeros indicios. Y en el mismo sentido aún se llamaría perspicaz el detective que sabe interpretar las circunstancias aparentemente más insignificantes, deduciendo de ellas con seguridad cuál fue el autor del crimen. Difícil sería imaginar una profesión o condición social en que la perspicacia no suministrase al hombre los más inestimables recursos para el cumplimiento de sus deberes.

El padre de familia, el profesor, el director de conciencia tienen que discernir en sus alumnos, dirigidos o

hijos, los más ligeros síntomas de las crisis que se esbozan, a fin de prevenir lo que sería tal vez imposible remediar en el futuro. El hombre de Estado no puede dejar de distinguir, entre las múltiples manifestaciones de amistad que su alto cargo suscita, los amigos sinceros de los insinceros: todo el éxito de su carrera política está condicionada a esta aptitud. Los abogados, militares, industriales, comerciantes, banqueros, periodistas, etc. no pueden ejercer convenientemente sus funciones, ni ahorrar a los intereses que tienen en manos los más graves sacrificios, si no están munidos de una perspicacia hoy más necesaria que nunca.

A este respecto queremos insistir muy especialmente: todo el mundo tiene, en ciertas circunstancias, el derecho de hacerse cargo de prejuicios que afecten sus intereses individuales. Nadie, sin embargo, tiene el derecho de exponer los intereses de terceros. ¿Habría situación más ridícula que la de alguno que declare románticamente que ha comprometido los intereses de terceros que les fueron confiados porque “fue demasiado bueno y confió excesivamente en la bondad ajena”? ¿“Demasiado bueno”? ¿Es realmente ser “demasiado bueno” sacrificar al amor propio a una media docena de aventureros los intereses sagrados confiados a la persona que así procura declararse inocente? ¿Quién no percibe que esta “bondad” fuera de propósito redundó en una injusticia cruel hacia los terceros perjudicados en el caso?

Necesidad de amputar los miembros gangrenados de cualquier sociedad

Apliquemos al orden concreto de los hechos estos conceptos. Un apóstol laico que, por “excesiva bondad”, tolera en alguna asociación a miembros gangrenados en los cuales confía infundadamente, y que ocasionan

la pérdida de todos los otros, ¿no es un traidor que sacrifica cruelmente los elementos sanos e inocentes a los elementos culpables?

“Si tu pie te escandaliza, córtalo. Si tu ojo te escandaliza, arráncalo” (Cf. Mt. 5, 29-30). Es ésta la máxima del Evangelio. Pero ¡cuánta perspicacia es necesaria para percibir la urgencia de ciertas amputaciones! Y, sin embargo, el apóstol laico que no sabe discernir la oportunidad de estos cortes dolorosos o no sabe apreciar la utilidad de tales amputaciones, no es menos inepto ni menos peligroso para el laicado católico de



Flávio Lourenço

Nuestra Señora de las Virtudes.
Catedral de San Esteban,
Auxerre, Francia



**Jesús discutiendo con los fariseos.
Catedral de Saint-Gatien, Tours, Francia**

Teología de agua dulce

En torno de este capítulo de los juicios temerarios, ¡cuánta teología de agua dulce no se ha hecho!

Gran número de incomprensiones respecto del asunto proviene de un análisis superficial de la palabra “juicio”. Muchas son las personas que temen hacer una sospecha desfavorable de terceros, porque, caso la sospecha no sea comprobada ulteriormente, habrán cometido un juicio temerario. Pero una sospecha ¿podrá ser considerada un “juicio”?

Para decidir la cuestión, basta recurrir a las nociones corrientes. El juicio, o sentencia, implica una afirmación. Sólo hacemos un juicio acerca de alguien cuando llegamos a una certeza respecto a ese alguien. Una sospecha no constituye un juicio y, así, quien sospecha de otro no puede, propiamente, formar un juicio temerario, y esto por la simplicísima razón de que no llegó a establecer juicio alguno. En efecto, la sospecha es una hipótesis que formulamos respecto a una persona. Y la hipótesis evidentemente no es una certeza.

Así, aunque hayamos hecho una sospecha infundada sobre una persona, con esto no habremos cometido un juicio temerario.

¿Quiere decir esto que podemos arbitrariamente sospechar del prójimo? Evidentemente no. Lo que se requiere en este asunto es simplemente un uso correcto de las leyes de la lógica. En efecto, hay personas que toman a veces actitudes que, en sana lógica, suscitan una legítima sospecha. Y, en este caso, sospechar no puede constituir un pecado. Si por el empleo correcto de las luces naturales que Dios nos dio llegamos a formular una hipótesis plausible, ¿podrá haber pecado en que demos acogidas a esa hipótesis? Evidentemente no.

¿En qué caso, entonces, una sospecha puede ser pecaminosa? Cuando se base en elementos lógicamente insufi-

lo que el médico que despreciase sistemáticamente el empleo de los procesos quirúrgicos.

No fue otra la razón por la cual Nuestro Señor, además de recomendar la amputación de los miembros gangrenados de cualquier sociedad humana, habló de un modo todo particular contra los falsos profetas y los lobos disfrazados de ovejas. ¿Cuál es la virtud que nos hace evitar a los aventureros caracterizados como profetas sino la perspicacia? ¿Cuál, la virtud que nos lleva a repeler al lobo metido en la piel de la oveja sino la perspicacia? ¿Y qué de más triste que, por falta de perspicacia, seguir a falsos

profetas o abrir el aprisco a las falsas ovejas?

Por esto mismo el Divino Maestro no se limitó a predicar la perspicacia, sino que dio ejemplos insignes y memorables de ella. Así, cuando denunciaba a los fariseos, ¿qué hacía sino estimular la perspicacia de sus oyentes, desenmascarando a aquellos sepulcros blanqueados, blancos por fuera y por dentro llenos de podredumbre? Y, sin embargo, si *O Legionário* dijera de alguno –de un violador de tratados y concordatos, por ejemplo– que es un sepulcro blanqueado, ¿quién no afirmaría que además de faltar contra la caridad estaríamos cometiendo un juicio temerario?

cientes para tal. O, en otros términos, cuando, con elementos insuficientes para formular una sospecha, sin embargo, la formulamos, sea por liviandad, sea por mala voluntad, sea por cualquier otro defecto. Se trata entonces, evidentemente, de un mal empleo de las reglas de la lógica e implícitamente de una injusticia censurable.

¿Quiere esto decir que debemos evitar cualquier sospecha, de miedo de errar?

De ninguna manera. Sería tan estúpido cuanto dejar de caminar, por miedo a resbalar y romperse la columna; dejar de respirar, por miedo a ingerir microbios; dejar de comer, por miedo de asimilar alimentos nocivos a la salud.

Abolición de los tribunales y de las penas

Todos sabemos que el hombre es falible y que, por tanto, puede, aun contra su voluntad, hacer una sospecha o un juicio infundado. Pero si de ahí se debe deducir que jamás debemos formular contra el prójimo un juicio o una sospecha, erraríamos, como lo haríamos si quisiéramos promover la abolición de todos los tribunales y todas las penas, porque los tribunales se pueden equivocar y las penas pueden eventualmente ser injustas.

Al formar nuestras impresiones respecto al prójimo, nuestras sospechas y nuestras certezas, usemos siempre de cautela, a la que normalmente somos obligados en cuestiones importantes. Esto dado, estemos con la conciencia tranquila: no estaremos pecando.

¿Por qué motivo el temor de juicios equivocados no puede servir de fundamento para que se pleitee la abolición de los tribunales? La razón es evidente. La supresión de los tribunales daría lugar a injusticias y crímenes mil veces más numerosos y más lamentables que una u otra injusticia inevitable en el funcionamiento de cualquier tribunal huma-

no. Esto dado, es en interés de la propia justicia que el hombre se debe conformar con un régimen judicial que, falible como todo lo que es humano, de vez en cuando sacrifica involuntariamente algún inocente.

Este principio puede ser perfectamente aplicado al asunto de que tratamos en este artículo. Cualquier individuo que, por miedo a formar sospechas infundadas respecto de otros, mantuviera su juicio perpetuamente en suspenso, causaría males ciertamente mayores que los que provendrían de un uso criterioso de sus luces naturales. Lo demostramos arriba. El padre que tuviese miedo de formar un juicio temerario acerca de sus hijos, procurando observarlos y discernir en ellos los primeros síntomas de alguna crisis moral, perjudicaría mucho y mu-

cho más a sus hijos con esto que si, involuntariamente, hiciera algún día una sospecha infundada, que la falibilidad humana siempre puede dejar pasar.

Un jefe de empresa económica que dejara de dar la debida atención a peligrosos indicios de deshonestidad de sus socios o empleados, por miedo de hacer una sospecha temeraria, estaría actuando de modo sumamente incorrecto. Un político, un diplomático, un profesor, un abogado, un director de conciencias, un apóstol laico, que dejasen de dar el debido valor a los indicios desfavorables que puedan notar en las personas con quienes tratan, serían ciertamente mucho más peligrosos en determinadas circunstancias que los enemigos declarados de la Religión, de la familia, de los intereses de los clientes, de los alumnos, etc.

A este respecto, no me puedo omitir de narrar una interesante reflexión del recordado y gran Don Duarte². Me dijo cierta vez aquel santo e inmortal prelado que “prefería lidiar con un canalla que con un burro” –conservo textualmente la expresión–. Y añadía: “Un canalla inteligente, si jugáramos con él con inteligencia, podrá ser reducido por nosotros a la inocuidad; pero un burro que da coces a derecha e izquierda, ¿qué no se puede temer de él?”

¿Quién no ve el pleno cabimiento de esta reflexión del grande y santo obispo?

Proceso de imbecilización

Llegamos al núcleo de nuestro asunto. Andan erradamente, y muy erradamente, los que dicen que no quieren formar juicios o sospechas sobre los otros, porque no tienen derecho para tal. Distingo. Es inconveniente que andemos fiscalizando las personas cuya conducta no se encuentra bajo el radio de nuestra autoridad. Pero que seamos obligados a no formar impresiones sobre aquello que naturalmente nos salta a los



Mons. Duarte Leopoldo y Silva en la década de 1930

ACMSP (PF-04-01-27)



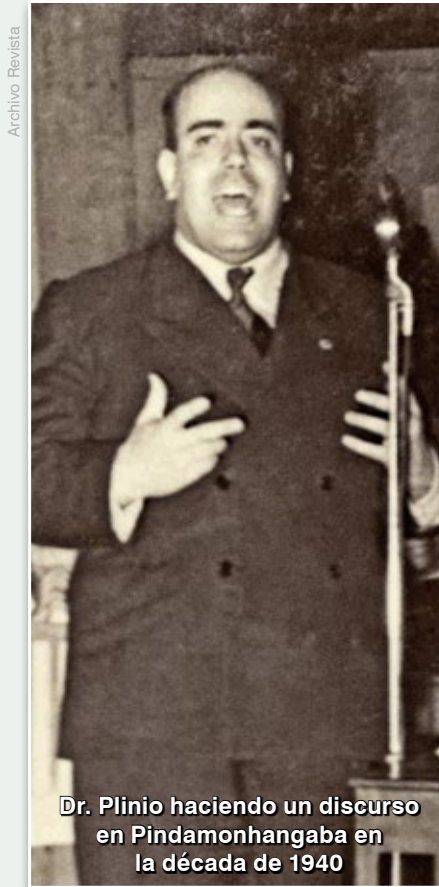
ojos, en la vida de todos los días, ¿quién osará sustentarlo?

¿Quién no percibe que se trata ahí de un proceso de imbecilización que acaba por herir a los propios principios de la fe y de la moral? En efecto, un hombre de carácter firme y varonil siente una disonancia interior cada vez que nota que, en torno suyo, las cosas suceden de modo contrario a la gloria de Dios, a la exaltación de la Santa Iglesia y de la Doctrina católica. Dejar de formar juicio sobre lo que es evidente, dejar de oír el clamor de los indicios vehementes, o es imbecilidad o debilidad de principios. No hay por donde escapar.

Así, formar juicio y sospecha, cuando esto es dirigido por las virtudes cardinales, y no se orienta por la acción de cualquier inclinación viciosa, es virtud y alta virtud. Y dejar de formar juicio o sospecha cuando el caso se presenta, puede ser defecto, y grave defecto.

Líricamente, mucha gente acostumbra sustentar que “esto compete a la autoridad y, como no tengo autoridad, puedo dispensarme de esta tarea ingrata”. Y muchos tontos comentarán para consigo mismos: “¡Qué corazón generoso es este! ¡Cómo le duele ver la maldad del prójimo!” Ciertamente, hay mucha generosidad en dolerse alguno de la perfidia del prójimo. ¿Pero habrá generosidad en cerrar los ojos a la evidencia, para no sentir ese dolor?

Ah, ¡cómo los Santos abrieron y hasta forzaron los ojos a esas dolorosas evidencias! ¡Cómo les cortaba el corazón ver la malicia, la ingratitud, la perfidia, la lascivia de los hombres! ¡Cuántos juicios encontramos en las obras de los santos, juicios severísimos y tremendos, no sólo respecto a uno u otro individuo nominalmente considerado, sino incluso respecto de ciudades, pueblos y países enteros! Los santos se dolían, más que ninguno, de esa realidad. Pero en vez de cerrar estúpidamente los ojos, abrían, por el contrario, los ojos para las miserias de la



Dr. Plinio haciendo un discurso en Pindamonhangaba en la década de 1940

tierra y el corazón para el Cielo, en magníficos actos de reparación y desagravio a Dios. ¡Cómo está lejos de la conducta de los Santos cierto romanticismo sentimental con que tantas veces nos encontramos en la vida!

Y cómo duele ver que esa estupidez romántica viene predicada en nombre del santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo

Cuando él llamó a los fariseos de sepulcros blanqueados, ¿qué hizo sino un juicio? Y cuando aconsejó que tomáramos cuidado con los falsos profetas y los lobos metidos en piel de oveja, ¿qué hizo sino imponernos la sospecha como medio importantísimo para nuestra salvación?

Inocentes como las palomas, astutos como las serpientes

Una víctima de la Revolución Francesa, pasando por bajo la estatua de la libertad, tuvo la exclama-

ción famosa: “¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!” ¡Con cuánto derecho podríamos decir por nuestra vez: “¡Oh caridad, cuánta estupidez y cuántos crímenes se han practicado en tu nombre!”

Pero, sobre todo, lo que importa notar es que un observador sagaz no se improvisa. ¿Qué especie de autoridad será quien estuvo de ojos tapados, ininterrumpidamente, durante todo el tiempo en que fue súbdito? ¿No es, por ventura, cuando se es súbdito que se debe adquirir las cualidades de un jefe? A tal punto es esto verdad que todos los ejércitos y todos los engranajes de las empresas comerciales tienen línea fija de promociones. ¿No valdrá esto para nosotros? Ingenuos como niños de pecho hasta el día en que cae sobre los hombros una función de responsabilidad, ¿qué haremos cuando dependa de nosotros la defensa de los más importantes intereses espirituales o temporales, contra los lobos disfrazados de piel de oveja?

Renunciemos decididamente a todo este sentimentalismo. Este sólo sirve para perjudicar a la Iglesia, dando a entender que la descripción que sus adversarios hacen del “carola”, tipo imbécil de un sentimentalismo romántico y estúpido, es producto genuino de su espíritu. *Sursum corda*. ¡Levantemos el corazón! El sentimentalismo no es bondad. La estupidez no es generosidad. Inocentes como las palomas, ni siquiera por esto dejemos de ser astutos como las serpientes. Es nuestro Señor quien, en términos expresos, nos lo impone. ¿Queremos por ventura ser mejores que Él? ❖

(Extraído de O Legionário
No. 475, 19/10/191 y
n. 376, 26/10/1941)

1) Revista Dr. Plinio, n. 286, p. 9-11.

2) Mons. Duarte Leopoldo e Silva, Arzobispo de São Paulo, fallecido el 13 de noviembre de 1938.



Matrices de la Iglesia

Así como el Sol adquiere varios colores y matices durante el día, también lo hace la Iglesia Católica a través de los siglos. Las naciones tienen la misión principal de ayudar a la Iglesia a propagar la verdadera Fe, y cada persona que responde a la gracia la difunde a su alrededor. Aunque tantos pueblos no hayan llegado a la debida perfección, el fin del mundo no será un fracaso, porque la santidad de los hombres de los últimos tiempos podrá tener tal esplendor que ofrezcan a Dios, a la postre, lo que no le fue dado a lo largo de la Historia.



Pedro Álvares Cabral
Belmonte, Portugal

Vitor Oliveira (CC3.0)

Luis C.R. Abreu

La primera misión de cualquier nación, indiscriminadamente, es ayudar a la Iglesia a difundir la Fe Apostólica Católica Romana.

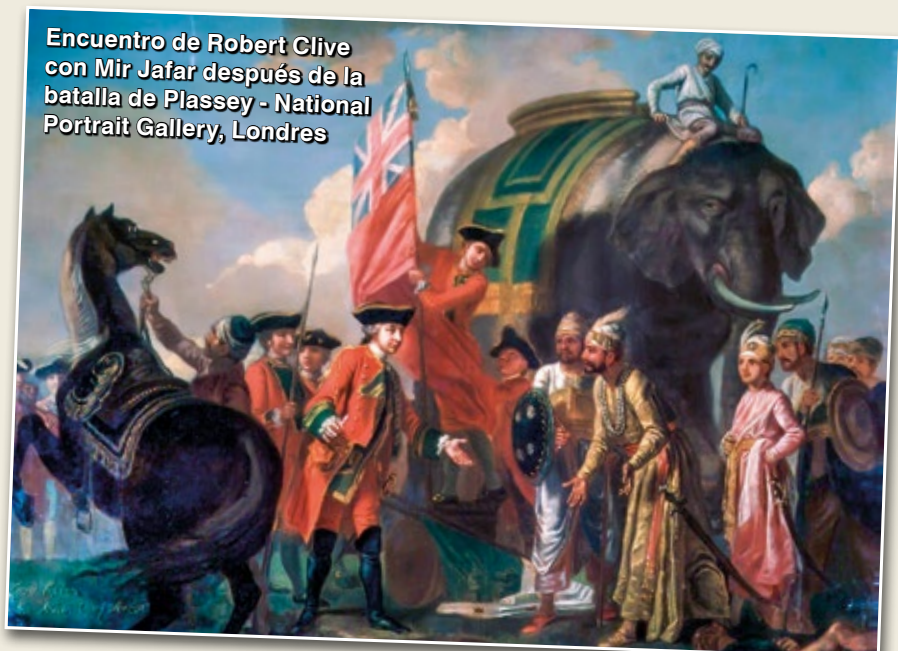
¿La Iglesia tiene o no derecho, entrando en un país donde se practican costumbres abyectas, a recurrir al brazo secular, es decir, al Estado católico, para prohibirlas?

Aquellos que responden a la gracia la difunden a su alrededor

En nuestros días, mucha gente diría que no existe tal derecho, porque si ese pueblo tiene una determinada costumbre, debe mantenerse. Pero lo dirían solo porque no toca sus sensibilidades humanitarias. Por ejemplo, en la India, incluso en este siglo, cuando morían los príncipes, las princesas viudas eran

quemadas vivas. Los ingleses lo prohibieron. Ahora bien, no se puede negar que tenían derecho a prohibirlo.

Entonces, ¿por qué no tenían el derecho de prohibir tantas otras formas de depravación moral?



Encuentro de Robert Clive con Mir Jafar después de la batalla de Plassey - National Portrait Gallery, Londres

Francis Hayman (CC3.0)



Detalles de la ciudad de Regensburg, Alemania

Elcom.stadler (CC3.0)



Gustavo Alves

En mi opinión, la Iglesia puede emprender una cruzada en un pueblo fiel contra los no convertidos, sólo para impedir que practiquen costumbres gravemente contrarias a la Ley de Dios.

La misión de difundir la Fe católica implica otra obligación. Portugal y España, por ejemplo, son naciones descubridoras y tenían el deber de incluir misioneros dentro de sus batallones. Aunque tuvieran un interés comercial, al menos cumplieron con el deber de enviar religiosos, en el número y al lugar deseado por la Iglesia, ya que el Estado está obligado a servirle en el cumplimiento de su misión.

Cada persona que responde a la gracia la extiende a su alrededor. E invita a otros en estado de gracia a permanecer en él y a ascender, y además crea obstáculos para no perderlo.

Así como le sucede a un individuo o a una familia, puede suceder con una nación. Una nación que practique magníficamente la virtud invita a otras a practicarla. Pensemos en ciertas familias de la pequeña burguesía o de la plebe alemana que se remontan a la Edad Media, o incluso

a siglos posteriores con una impregnación medieval.

Vestigios de gracia y esplendor católico en iglesias que rompieron con la Santa Iglesia

Hace algún tiempo hojeé un álbum de una pequeña ciudad alemana conservada como en el pasado: Ratisbona. Son casas con esas vigas

de madera a la vista, cortinas de encaje, geranios en la ventana. ¡Un encanto!

Las personas que miran el álbum están invitadas a ese estado de ánimo, a ese tipo de mentalidad, estado temperamental, pero las doctrinas que están por detrás y por encima las impulsan a adherir a eso. Es algo natural y bueno.

Por ocasión de la boda del príncipe Andrew¹, después de las escenas más brillantes y ostentosas, aparece



El Zar Nicolás II abandona la catedral de Uspensky después de su coronación

T. Lizovsky, Kiev (CC3.0)

una fiesta en una pequeña aldea inglesa, encantadora.

¡La fiesta de la aldea es una inocencia, muy cándida! ¡Cómo se deleitan con esas campanillas que sueñan y cantan al mismo tiempo! ¡Es extraordinario, una invitación al estado de gracia!

Alguien me dirá: “Pero los habitantes de este pueblo son protestantes”.

A veces, cuando miramos una iglesia que una vez fue católica y hoy está entregada al culto protestante, y consideramos su construcción y el tiempo en que pertenecía a la Santa Iglesia, notamos que todavía atrae hacia la religión católica. Westminster es así. Hay varias catedrales en Inglaterra, al igual que en Alemania.

Hace algún tiempo circularon entre nosotros unas fotografías que mostraban una hermosa escena de la coronación del zar Nicolás II², en el interior de una iglesia ortodoxa. No puse el menor obstáculo para que fueran vistas por quien quisiera, porque es evidente que se trata de una tradición de la época de la Rusia Católica. Se veía allí la máscara mortuoria de la Iglesia Católica, como quien mira a una reina de indescriptible belleza.

Aspectos que transmiten diversos matices de la Iglesia

Al igual que las naciones, la Iglesia también tiene sus épocas. Por ejemplo, en ciertos momentos de la liturgia melquita hay algunos aspectos que nos remiten a la época de San Juan Crisóstomo, a través de los cuales percibimos más o menos cómo era la Iglesia en ese período. Sin duda era la misma que hoy, pero irradiaba un cierto tipo de santidad, de perfección moral, de amor de Dios que no murió en ella, sino que asumió otros aspectos, así como el sol adquiere diversos colores y matices a lo largo del día.

Una cosa muy hermosa en todos los ritos orientales de la Iglesia Cató-



Abadía de Westminster, Londres

lica, pero creo que también existe en las iglesias ortodoxas, son las diversas imágenes de santos orando con los brazos abiertos.

En el rito latino se reza, en general, con las manos juntas, lo que tiene un simbolismo muy bonito, ya que representa la entrega de las dos manos para ser sostenidas por Dios, cuando uno se dirige a Él para expresar su amor, su gratitud, su reparación, su súplica, a la manera del vasallo prestando acto de vasallaje.

Sin embargo, también es muy bello el gesto de fascinación de quien

se detuvo y abrió los brazos, permaneciendo en posición estática. Esta postura expresa muy bien el encanto de los que admiran a Dios. Corresponde a un carácter oriental más contemplativo, mientras que el nuestro es más activo, lo cual no es una ventaja, porque la contemplación vale más que la acción.

Me gusta comparar los diversos ritos de la Iglesia católica entre sí: melquita, maronita, copto, armenio...

Es interesante ir a la iglesia de los armenios católicos, en la Avenida Tiradentes³, y analizar un azulejo que



cubre la pared exterior, representando a San Gregorio Taumaturgo, visto por el genio de un armenio. San Gregorio está flotando sobre las nubes, vestido con una larga túnica que le llega hasta los pies, apoyado en un báculo con una mano y la otra apuntando hacia un moderno barrio industrial, con chimeneas. La intención era representar al Santo protegiendo, en la ciudad de São Paulo, a los armenios que mandaron construir esa iglesia. Es un gesto de rey en plena fábula, ¡una belleza!

Otro pintaría al mismo santo en una actitud humilde y sin pretensiones, rezando y haciendo un milagro. Son modos de ser del espíritu católico, dependiendo de cada época en la que Dios quiera ser glorificado.

Cuando todas las glorificaciones estén completas, cuando el género humano haya hecho todo lo que podría y debería para glorificar a Dios, cuando cada pueblo haya cantado su himno de alabanza, con alcance regional o universal, según su vocación, creo que la Historia podrá concluir.

Por otro lado, cuando el Infierno haya vomitado sus últimas blasfemias contra el Cielo, y éstas fueran más aceptadas en la Tierra, también la Historia podrá finalizar.

Un puñado de personas que pasarán por lo indecible

Leyendo en el Apocalipsis lo que concierne al fin del mundo, Elías, Enoc, el Anticristo, etc., tengo la impresión de que la impiedad reinará en el mundo entero y sólo un puñadito permanecerá verdaderamente fiel. Será el pináculo de la maldad, cuando las peores barbaridades, las mayores infamias se cometan contra Dios, pero un puñadito lo amará como nadie lo ha amado antes, dándole una gloria como nadie jamás lo ha glorificado.

Entonces, en esa situación lindísima, Nuestro Señor, con un soplo de su boca, hace desaparecer al An-



ticristo, quema al mundo entero en un castigo universal, pero estos pocos no mueren. Y cuando no haya nada de vivo en el mundo, en medio de esos escombros se levanta al cielo un rayo de luz: son los justos que, reunidos, cantan las glorias de Nuestra Señora, después de haber pasado por lo indecible.

Un gran número de teólogos admiten que ellos no morirán, debido a lo mucho que sufrieron antes, lo

que los hace merecedores de ser libres de la muerte. Y cuando Nuestro Señor descienda con pompa y majestad de lo alto de los cielos y se haga ver por todo el universo, estos hombres vivos irán a su encuentro, tal vez algunos con las manos juntas, otros en posición de expectación, como los orientales, y probablemente otros con el rosario en la mano.

Miran a su alrededor, las tumbas se están abriendo. Una voz magnífi-



sus almas estaban en el cielo. Otros, por el contrario, en el terror y en la tristeza, porque fueron condenados; aparecen entre llamas y caminando desesperados, o arrojados al suelo en completa consternación.

Comienza el Juicio, después del cual cada cuerpo acompañará su respectiva alma a su destino eterno.

La perfección de la humanidad ya se ha realizado en dos criaturas

Finalmente, surge la pregunta: si tantos pueblos no llegaron a la perfección debida, ¿el fin del mundo no será un fracaso? Porque la humanidad, tomada en su conjunto, no habrá dado a Dios ese aspecto de esplendor y perfección deseado por Él al crear a los hombres.

La respuesta es muy sencilla: la santidad de los hombres de los últimos tiempos –que pueden ser de algunas de las naciones más amadas y elegidas, o de una familia de almas considerada sobre las naciones– podrá tener un tal esplendor que ofrez-

can a Dios, al final, lo que no le fue dado a lo largo de la Historia.

Pero, sobre todo, toda la perfección a la que puede llegar el género humano ya se ha alcanzado en dos criaturas. Una es Nuestra Señora, superior a todo lo que podemos imaginar. Más allá y por encima de Ella, la Santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Aquí toda lengua calla, porque la palabra humana no es capaz de exaltarlo con dignidad. En todos los aspectos, como Hombre-Dios, trasciende por completo nuestra alabanza, nuestra capacidad de admirar. ❖

(Extraído de conferencia del 5/9/1986)

- 1) Andrew Albert Christian Edward, Duque de York, hijo de la Reina Isabel II. El 23 de julio de 1986 se casó con Sarah Ferguson en la Abadía de Westminster.
- 2) Nicolás II (*1868 - †1918), coronado emperador de Rusia en 1896.
- 3) En São Paulo, barrio de la Luz.

ca llama a la resurrección a todos los muertos. Los intérpretes discuten si será la voz de un ángel o del propio Nuestro Señor.

Me inclinaría a admitir que será Nuestro Señor mismo. La voz suprema de Él, el Hombre-Dios, la Víctima que expió y salvó a todos, exclamará: “¡Resucitada, oh hombres!”

Entonces, en un instante, los huesos, las carnes, todo se recompone. Algunos resucitan con gozo porque



El Dr. Plinio durante una conferencia en 1986

SANTORAL

1. Santa Viridiana, penitente (+1242). Vivió treinta y cuatro años encerrada en una celda y sufrió innumerables ataques del demonio, pero colmada de grandes favores celestiales. Tuvo la gracia de recibir de visita a San Francisco de Asís.

Beato Reginaldo de Orleans, presbítero (+1220). Estando en Roma, escuchó predicar a Santo Domingo de Guzmán, fue tocado por la gracia y se hizo dominico.

2. Presentación del Señor.

Beato Luis Brisson, presbítero (+1908). Sacerdote de la diócesis de Troyes, fundador de las Congregaciones de las Hermanas Oblatas y Hermanos Oblatos de San Francisco de Sales.

Mártires de Ebbekestopr, (+880). Murieron mártires, luchando bajo el Estandarte de la Cruz contra los infieles de Dinamarca y Noruega que azotaban y devastaban la Sajonia, Alemania. Los obispos de Monden, Teodorico, de Hildesheim, Marquard, de Verden, Erluph y de Osnabuck, Gosbert, se encuentran entre estos mártires.

3. Santa Ana, profetisa (s. I). Hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Son suyas las palabras proféticas, en el momento de la Presentación del Niño Jesús en el Templo de Jerusalén: “dando gracias a Dios y hablando del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel” (Lc. 2, 36-40).

Beato Stefano Bellesini, sacerdote (+1840). Nacido en Trento, Italia. Ingresó en la Orden de San Agustín. Primero vivió como eremita en Bolonia y después de varios años de intensos sufrimientos, por las persecuciones religiosas del gobierno, pasó a vivir en el convento de Genazzano, donde reposa su cuerpo incorrupto.

Beata María Helena Stollenwerk, virgen (+1900). En Holanda, fundó la Congregación de las Siervas Misioneras del Espíritu Santo, con la participación de San Arnaldo Janssen.

4. V Domingo del Tiempo Ordinario

San Juan de Brito, mártir (+1693).

Hacia parte del conjunto de los “Padres del Infante de Portugal”. Recibió una educación especial, que le abría las posibilidades de un porvenir en el mundo, pero una grave enfermedad lo lleva al borde de la muerte y Dios lo cura milagrosamente. Se hace jesuita y siguiendo el ejemplo de San Francisco Javier, junto con diecisiete misioneros más, llega a la India y encuentra la palma del martirio.



5. Santa Águeda, virgen y mártir (c+ 251).

San Felipe de Jesús, mártir (+1597). Mexicano. En sus primeros momentos de vida religiosa, era muy inconstante, sin embargo, estando con varios misioneros en Nagasaki, Japón, Dios le concede la gracia de morir mártir. Protomártir de México y primer santo canonizado de esta nación.

6. San Pablo Miki y compañeros, mártires (+1597).

7. Santa Coleta, religiosa (+c. 1447). Reformadora franciscana. Unió esfuerzos a San Vicente de Ferrer, para extinguir el Cisma de Occidente.

8. Santa Josefina Bakhita, virgen (+1947). Nació en Sudán, África. A sus nueve años de edad, fue aprisionada y vendida como esclava, tratada como bestia de carga, según sus propias palabras. Nacionalizada italiana, se le permitió estudiar el catecismo, recibir el bautismo, ser libre y entonces ingresó al Instituto de las Hermanas Canosianas, quienes la habían recibido con caridad e instruido en la Fe católica.

San Esteban, abad (+1124). Fundador de la Orden de Grandmont, Francia.

9. San Miguel Febres Cordero, religioso (+1910). Nacido en Cuenca, Ecuador, es un gran educador, perteneciente a las Escuelas de los Hermanos Cristianos (Lasallistas). Considerado “el mayor maestro ecuatoriano”.

Santa Apolonia, virgen (+249). Tuvo una vida muy virtuosa. En Alejandría, la torturaron arrancándole los dientes antes de ser martirizada junto a otros santos y por eso se la considera patrona de la odontología y de quienes padecen dolores dentales.

10. Santa Escolástica, virgen (+c. 547). Hermana de sangre de San Benito, bajo cuya dirección fundó y gobernó la numerosa comunidad de las religiosas, cerca de la famosa Abadía de Montecasino.

Beata Eusebia Palomino Yenes, virgen (+1935). Después de varios años, trabajando en diversas casas de familia, ingresó como religiosa al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (Salesianas), en Valverde, España, donde vivió dando un importante testimonio de humildad cristiana.

11. VI Domingo del Tiempo Ordinario

Nuestra Señora de Lourdes.

San Benito de Aniane, abad (+821).

12. Beato Nicolás de los Lombardos, (+709). Religioso de la Orden de los Mínimos. Por su precaria salud, no fue ordenado presbítero.

13. Beata Cristina de Espoleto, virgen (+1458).

14. Miércoles de Ceniza.

San Cirilo, monje (+869) y **San Mediodio**, obispo. Hermanos de sangre de Tesalónica. Co-patronos de Europa.

Beato Vicente Vilar David, mártir (+1937). Durante la persecución a la Iglesia Católica, fue detenido por acoger sacerdotes y religiosas en su casa, no quiso renegar de su fe y lo fusilaron en Valencia, España.

15. San Claudio de la Colombière, presbítero (+1682). Sacerdote jesuita, fue superior del Colegio de Paray-le-Monial, Francia. Tuvo la gracia de ayudar por un tiempo, con sus inspirados consejos a Santa Margarita María Alacoque.

Santos Faustino y Jovita, mártires (+120). Eran hermanos. Faustino, presbítero y Jovita, diácono. Murieron en las persecuciones emprendidas por el emperador Antonio.

16. San Onésimo, obispo, mártir (+95). Siendo esclavo de Filemón, que era cristiano, terminó compartiendo prisión con San Pablo y ahí se convirtió a la fe de Cristo Nuestro Señor.

San Maruta, obispo (+a. 420).

17. Siete Santos Fundadores de los Servitas (+1310).

18. I Domingo de Cuaresma.

Beato Juan de Fiesole, presbítero (+1455). De la Orden de Santo Domingo, extraordinario pintor conocido como Fray Angélico.

San Simeón de Jerusalén, obispo (+108). Hijo de Cleofás y su esposa María, presente en el Calvario, al morir Jesús. Gobernó la iglesia de Jerusa-

lén por más de cuarenta años y con la edad de 120 años, en tiempos de Trajano, fue condenado a morir crucificado.

19. San Quodvuldeo, obispo (+444). Obispo de Cartago en el siglo V. El hereje arriano, Genserico, rey de los vándalos y los alanos, lo persiguió mucho. Probablemente murió en Nápoles, Italia.

Beato José Zaplata, religioso y mártir (+1945). Religioso de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús. Tomado prisionero, fue enviado al campo de concentración de Dachau, Alemania, donde murió por los malos tratos.

20. Santos Jacinta Marto y Francisco Marto, (+1919). Testigos de los hechos prodigiosos en Fátima, Portugal.

Beata Amanda, religiosa (+1252). Sobrina de Santa Clara de Asís. En una de las visitas que hacía a su tía se convirtió e inmediatamente dejó sus hábitos mundanos.

21. San Germano, abad (+c. 667).

Beata María Enriqueta Dominici, religiosa (+1894). Durante treinta y tres años fue superiora de las Hermanas de Santa Ana y de la Providencia.

22. Fiesta de la Cátedra de San Pedro, Apóstol.

Beata Isabel de Francia, religiosa (+1270). La menor de las hermanas de San Luis Rey de Francia. Cuando la familia quiso que se casara, respondió: Prefiero ocupar la última fila de las vírgenes a ser la primera de las emperatrices del mundo. Fundó la Abadía de Clarisas de Longchamps en París, Francia.

23. San Policarpo, obispo y mártir (+c. 155).

Beata Rafaela Ibarra de Villalonga, fundadora (+1900). Profesó votos religiosos, con el consentimiento de su esposo, con el cual había procreado siete hijos. Fundó el Instituto de las Hermanas de los Ángeles de la Guarda, en Bilbao, España.

24. San Varta, romano y **compañeros**, mártires (+s. I). Estando de mi-

sión diplomática en Armenia, el Apóstol San Judas Tadeo lo convirtió y con él, sus cuatro compañeros. Fueron a vivir en los nacimientos del Río Éufrates (Turquía), practicando los principios evangélicos. Años después, todos fueron martirizados por los hijos del rey Sanadruk.

Beata Josefa Naval Gurbés, virgen (+1510). Fue una mujer seglar, consagrada a la instrucción y educación cristiana de las jóvenes del pueblo donde nació y murió, Algemés, España.

25. II Domingo de Cuaresma.

Beato Ciriaco María Sancha y Hervás, obispo (+1909). Fundador de las Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha, en Toledo, España. Fue obispo de Toledo y Valencia, Patriarca de las Indias.

Beato Sebastián Aparicio, religioso (+c. 1600). Nacido en Galicia, España. A los 72 años profesó como franciscano. Murió en Puebla, México.

26. Santa Paula de San José Calasanz, virgen (+1889). Fundadora del Instituto de las Hijas de María de las Escuelas Pías en Barcelona, España. Su lema: Piedad y Letras.

27. San Gabriel de la Dolorosa, religioso (+1862). Nacido en Asís, Italia. Religioso Pasionista, patrono de la juventud junto con San Luis Gonzaga y conocido como "el santo de la sonrisa". Murió de tuberculosis a los 24 años de edad.

28. San Román, abad (+463). Vivió como ermitaño en la región francesa del Jura. Con el tiempo, numerosos monjes lo consideraban su padre espiritual.

29. San Dositeo, monje (+c. 530). Siendo soldado, llega a Getsemaní y un cuadro sobre el infierno es la chispa de la gracia para su conversión. Patrono de Gaza, donde transcurrió su vida de monje. Despojado de todo, en pobreza evangélica extraordinaria y una humildad muy profunda en su corazón.

Tendencia continua hacia el pináculo

En todas las cosas de la vida hay escaladas y, en cada una que hacemos, lo más perfecto y que nos lleva a sacar provecho, a enriquecernos, santificarnos y maravillarnos es el deseo de conquistar nuevas cumbres. Esa búsqueda constante de lo absoluto –en el fondo, del ápice de la verdad del bien y de lo bello– caracteriza al alma recta.

Jesús predicando en el Templo.
Catedral de Notre-Dame
de Amiens, Francia

Hay un cierto tipo de hombres, que puestos delante del mar –la playa de Zé Menino en Santos, por ejemplo–, sus miradas se limitan a aquella ensenada y a una línea ideal, en la cual el horizonte besa el mar, y piensan solo en aquello y se acabó. No piensan en las inmensidades del océano que llega hasta Europa, en los mares que se entrelazan, cuyas aguas se juntan formando una única, soberbia, variada y, sin embargo, homogénea masa líquida, que ocupa la mayor parte del globo terrestre.

El diamante, la oratoria, la enseñanza absoluta

¿Esto es pensar?

Si alguien va a un joyero para ver un diamante, una perla, un rubí, lo mira y dice: “es lindo... Ah, ¿cuánto cuesta?” Si tiene dinero, lo compra; si no lo tiene, no lo compra.

Pero si al contemplar el mar procura pensar en los últimos horizontes del océano, mirando el rubí diría: “¡Qué bonito!, pero no es el rubí... ¿Cómo imaginaria una piedra de un brillo más profundo, de un rojo más

encarnado, de un resplandor más perfecto, de un tamaño más generoso? ¿De qué vale esta piedra comparada con el rubí perfecto?”

Y si colocan a esa persona delante de un diamante, afirma: “Es muy bonito, pero dicen que el diamante perfecto, es el Koh-i-Noor que está en la corona de la Reina de Inglaterra. ¡Oh! ¡Viendo ese diamante tengo más ganas de ir a Inglaterra para conocer el Koh-i-Noor!” Pero mirando el Koh-i-Noor se pregunta: “¿Cuántos diamantes más bellos habrá en las en-



trañas de la Tierra? ¿Cómo será el diamante absoluto?”

Después, coge un libro de oratoria y ve, por ejemplo, a un San Agustín, a un San Juan Crisóstomo, un San Juan Damasceno, a un Bossuet, y piensa:

¡Qué belleza, qué cosa espléndida! “Pero, ¿cómo sería la oratoria absoluta en la cual oyéramos reunidas todas esas formas de oratoria y algo más?”

En la punta del horizonte surge una pregunta. La insaciabilidad no siempre desemboca en su último pensamiento *in recto*, en un vasto hori-

zonte. A veces hay misterios, preguntas que la persona amiga de lo insaciable no deja a un lado, sino que los guarda como tesoros delectabilísimos al respecto de los cuales, en la hora de reposo, los recoge, los perfecciona, profundiza un poco más.

Un largo discurso puede ser bonito. Pero si vamos al paradigma absoluto de la elocuencia humana, sólo está en Nuestro Señor Jesucristo. Según nos cuenta el Evangelio, Él dijo palabras sintéticas, de una tal sustancia y elevación, que realmente

empleó los términos absolutos y dio aquello que podríamos llamar la Enseñanza absoluta.

Coloquio de Nuestro Señor con su Madre, en la casa de Nazaret

Sin embargo, podríamos levantar una pregunta ¿Jesús no habría dicho cosas más perfectas y más próximas de la enseñanza absoluta en sus largos coloquios con María, en la casa de Nazaret? ¡Qué palabras diría a Ella, qué confidencias le haría!



Jacques-Benigne Bossuet – Galería Nacional de Arte de Washington



El Maestro de toda sabiduría, y aún más, la Sabiduría encarnada, hablando con su Madre, que es el Trono de la Sabiduría: ¿cuáles serían sus respuestas y cuáles los coloquios en que Él, por ejemplo, la preparaba para la Cruz, o la hacía pregonar los esplendores de la Resurrección y, aún más, del Cielo? ¿Cómo serían esas conversaciones?

Podríamos preguntarnos: “¿Pero por qué el Evangelio no dice nada de eso?: porque no es para nuestros oídos de hombres comunes. Los oídos de Ella, virginales, inmaculados, de una correspondencia perfecta y con-

firmados en gracia, merecieron escuchar eso y nadie más.

Pero, si no lo oímos, podemos volver más alto e imaginar las palabras que Él le dijo a Ella. Entonces, nuestra alma deseosa de insaciabilidades vuela hacia una cumbre misteriosa. No es inútil pensar, porque en la vida de la gracia hay misterios, y a una persona sin pretensión, a fuerza de entregarse a consideraciones de esa naturaleza –tal vez en una hora de inefable bondad de la Providencia–, le es dado oír alguna de esas palabras.

No sé si, sin una asistencia especial de la gracia, después de eso, esa

persona tendría valor para seguir viviendo. Hubo santos que tuvieron la felicidad de oír por revelación, por un fenómeno místico, acordes musicales de los Ángeles del Cielo.

Si ellos escucharon la música espiritual de los Ángeles en el Paraíso, ¿no habrían oído alguna palabra intercambiada entre Nuestro Señor y Nuestra Señora? Aunque sólo hayan sido estas: “¡Madre, he aquí a tu Hijo!” Y Ella le respondería: “¡Hijo, he aquí a tu Madre!”

¿Y hasta donde este coloquio subiría? ... Y si en un momento –¿sería solo un momento? ¿No habrían sido días, meses o años?– Nuestra Señora se hubiera comunicado en éxtasis con la Santísima Trinidad... ¿Quién puede imaginar algo semejante? ¡Cuánta belleza, cuanto auge hay en esto!

El don de palabra y el de presencia

Según nos cuenta el Evangelio, Nuestro Señor hizo sermones rápidos. Ahora bien, en los discursos largos encontramos una belleza particular. Algunas veces, se desdoblaron como un gran manto y brillan con luces diversas. ¿Será verdad que Nuestro Señor sólo hizo sermones cortos o que los evangelistas los resumieron en la búsqueda de la bella cualidad de la concisión, tan propia a quien presenta aquel océano, aquel cielo de tesoros de los Evangelios? ¿Quién sabe si habló mucho más? Todo lleva a creer que sí. Por ejemplo, cuando proclamó las Bienaventuranzas, debe haber hablado largamente.

Entonces podemos imaginar en un largo sermón de Nuestro Señor Jesucristo, cuál sería la forma de deslumbramiento, que iría por valles de una profundidad insondable o por vuelos de una altura inimaginable.

Ser dotado de la capacidad de agrandar mediante la palabra es un don natural que la Providencia da a una persona que, si es piadosa, muy

Claudio Agnaldo



Vida de la Sagrada Familia – Santuario de Loreto, Italia

frecuentemente está realzado por dones sobrenaturales que entran en aquel don natural y le dan otro encanto, otra gracia, que no tiene.

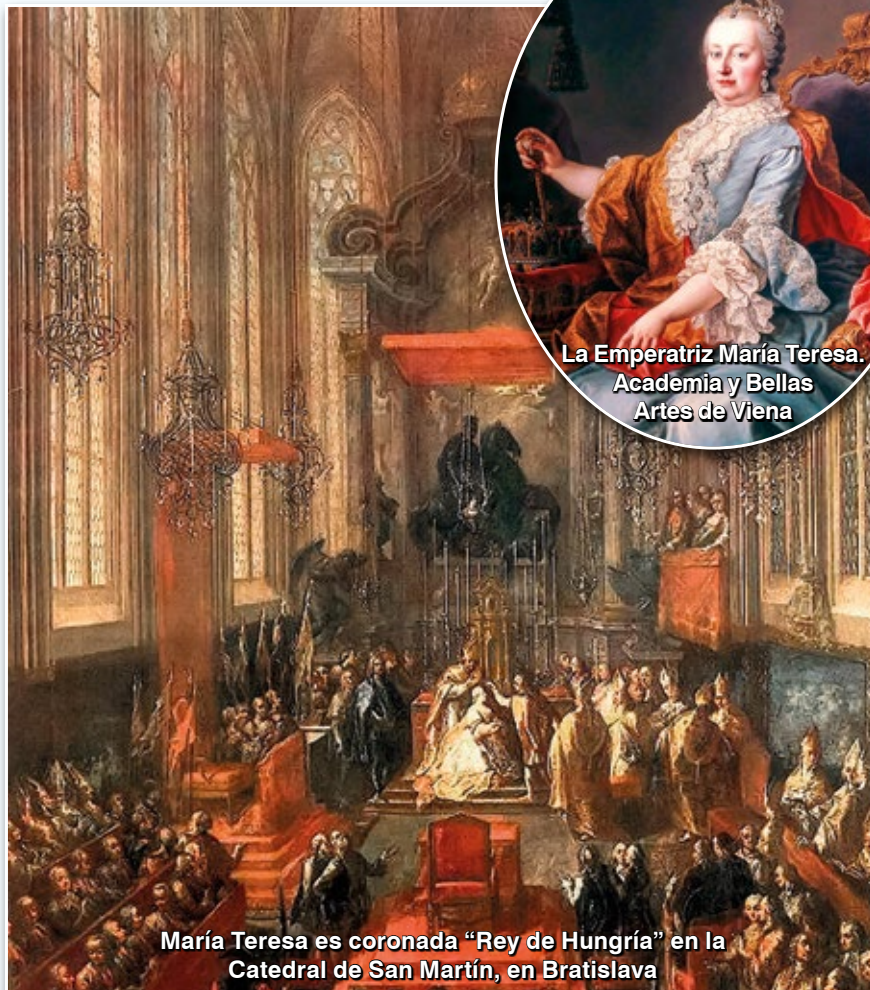
Hay personas a quienes Nuestra Señora no dio el don de palabra, pero les dio otro distinto: el de la presencia agradable. ¿Cuál es el mejor?

Tenemos figuras históricas atractivas por su presencia. María Antonieta era una de ellas. Presencia inagotable, fuente de continuas delicias para todos los que convivían en privado con ella. Bastante diferente de un gran predicador sacro o un orador político.

La Emperatriz María Teresa, madre de María Antonieta, poseía un tal don de presencia que, estando en apuros y necesitando del apoyo del pueblo húngaro para luchar contra Federico II de Prusia, fue a Hungría, se hizo coronar reina y pidió apoyo al pueblo. Entonces, en su presencia, todos los militares levantaron las espadas y gritaron: “¡Muramos por nuestro Rey, María Teresa!”

Hay presencias que ni siquiera necesitan hablar: llegan y entusiasman.

En Nuestro Señor Jesucristo ¿qué complacía y arrastraba más: la presencia o la palabra?



María Teresa es coronada “Rey de Hungría” en la Catedral de San Martín, en Bratislava

Búsqueda constante del ápice de la verdad, del bien y de lo bello

Así, nos encontramos de nuevo con refulgencias sobre las que no se sabe qué decir... Sin embargo, es bonito profundizar en un tema, abordándolo como quien coge un diamante y lo mueve por sus varios lados a la búsqueda del reflejo de luz más bonito que pueda dar. Es transparente y luminoso. ¿Por dónde tomarlo en su mayor belleza?

Ese es un problema-luz, no un problema-tinieblas. ¡Qué bonito y agradable es pensar en esto! ¡Cuan-to más se distrae el alma con una cosa de estas que con una telenovela o cualquier basura de ese género! Estos son grandes pensamientos.

Hay todo un orden de realidades que son el pináculo y para el cual el alma humana debe estar constantemente orientada, a la búsqueda de otros ápices. En todas las cosas de la vida hay escaladas y, en cada una que hacemos, lo más perfecto y lo que nos lleva a sacar provecho, a enriquecernos, a santificarnos y a maravillarnos es el deseo de conquistar nuevas cumbres.

Cada escalada es un arquetipo de la anterior. Al tener apetencia de aquello, atendemos al deseo más profundo del alma verdaderamente elevada: Es el anhelo implícito, pero también magnífico de lo absoluto.

Me acuerdo de este hecho ocurrido cuando era joven, con unos 27 años. Conversando con un sacerdote, me contaba que había estado en Mariana, la histórica ciudad de Minas Gerais. Era un sacerdote inteli-



Federico II de Prusia – Galería J.H. Bauer. Hannover. Alemania

Emil Hünten (CC3.0)

http://travel.spectator.sk (CC3.0)
Martin van, Il Meyens (CC3.0)



Seminario de Mariana, Minas Gerais, en 1853

gente que percibió bien mi gusto por lo maravilloso. Entonces me armó una celada diciendo: “Imagínese la sorpresa que tuve cuando, subiendo los escalones del seminario, noté las piedras que los revestían. Le pregunté al rector que me acompañaba y él me confirmó: ¡los escalones estaban todos revestidos de topacios!”

Quedé maravillado. Él, un veneciano sutil y astuto, después de maravillarme, dio una risita y afirmó:

“Bueno, Dr. Plinio, no eran topacios preciosos... Esa piedra admite una variedad no preciosa que se encuentra como un pedrusco. La escalera del seminario estaba hecha de esos topacios.”

Me di cuenta de que él había hecho un sondeo psicológico para ver cuál era mi reacción. Pero, siendo muy correcto, quiso rectificar enseñándome la afirmación y me transmitió el asunto como era verdaderamente.

Después me informé y, de hecho, eran topacios ordinarios, sin brillo;

pero, hecho el análisis químico, se constata que pertenecen a la misma familia del topacio precioso.

Más tarde pensé: “No sé qué pensó ese hombre de mi deslumbramiento. Si le gustó, su alma tiene calidad; sino le gustó, vale tanto cuanto el topacio ordinario.”

Porque esa búsqueda constante de lo absoluto –en el fondo, del ápice de la verdad, del bien y de lo bello– caracteriza al alma recta.

Ley de gravitación universal

Según la formación dada hoy en día, llegar al ápice de la verdad significa tomar, por ejemplo, una célula animal o vegetal, o entonces una partícula de cualquier materia mineral, y escarbar eso para saber lo que tiene adentro.

Ahora bien, eso puede ser el fondo de la verdad, pero conocer el ápice respecto a una piedra, a una estrella, a una planta, un animal o un hombre, en fin, de cualquier cosa, por pe-

queña o grande que sea, consiste en saber cómo aquel ser se encaja en el orden del universo.

Es bueno conocer el fondo, con tal que la inteligencia sea suficiente para después procurar la relación con el ápice.

Por ejemplo, al establecer la ley de gravitación universal, que rige desde la relación entre las partículas más ínfimas hasta el movimiento de los astros, ¿cuál es la perfección de Él, del propio Dios, que con ella quiso hacer conocer?

La gravitación en cuanto tal, ¿qué especie de relación significa y qué perfección posee esa relación, en sí misma, para que el Creador haya hecho de ella la regla de la relación de todas las criaturas?

Sin embargo, hay más. Si esa es una ley del universo material, debe serlo también del humano, ápice del universo material. Luego, la gravitación es una regla de conducta de los hombres entre sí. ¿Cómo gravitan los hombres?

¿Cómo gravitan las personas ordenadamente en la sociedad temporal? ¿Y en la sociedad espiritual?

Pero, si todo es gravitación, ¿hay en ella una perfección intrínseca al punto de, después de que hayamos exclamado: “¡oh, gravitación!”, exclamemos: “¡oh, Dios!”

Me deja pasmado el hecho de comprender la educación de otro modo que no sea formar en las almas esa tendencia continua hacia lo absoluto.

Batalla arquetípica

También respecto a la Historia es bello considerar los acontecimientos así. Por ejemplo, se lee la descripción de una gran batalla, se cierra el libro y se pregunta: “¿Cómo sería la perfección de esa batalla en su *verum, bonum y pulchrum*?”¹

¿Habría un combate que, tanto cuanto quepa en la contingencia humana, representase una batalla absoluta? Sí, lo hay. Es aquel en el cual está Dios venciendo al demonio.

En efecto, Él derrotó al demonio por medio de un Ángel, como quien dice al rebelde: “Tú no eres nada, Yo te desprecio. Mando a un príncipe de mi corte para que te aplaste. Y si

envío a un príncipe no es porque tú, miserable, eres algo, sino porque Yo soy todo.”

Por toda la eternidad esa lucha continúa, trabada sobre el vencido, derrotado, aplastado, triturado. ¡Qué maravilla!

Es curioso, pero cuando pecó un ser tan inferior a un ángel como es el hombre, Dios trabó una batalla infinitamente mayor. ¿A qué designios de sabiduría corresponde una cosa de esas? Sobre eso podríamos reflexionar por largo tiempo. Es algo bellissimo en que el *verum*, el *bonum* y el *pulchrum* se entrelazan de modo maravilloso.

Aunque de naturaleza inferior a la del ángel, el ser humano es el punto de encuentro de todo el universo. Nosotros tenemos, de los ángeles, el espíritu, y de todo el resto del universo el cuerpo, en el cual encontramos las naturalezas animal, vegetal y mineral. El Creador quiso honrar el universo entero contrayendo la Unión Hipostática, no con el más alto de los seres, sino con el intermedio.

Dicen los franceses: *Le charme, plus beau que la beauté* – el en-

canto más bello que la belleza. Hay un *charme* en ese modo de proceder de Dios que, pudiendo realizar la Unión Hipostática con la más alta de las criaturas, decidió encarnarse y elevar, así, la totalidad de la Creación. ¡Qué cosa maravillosa!

Se inicia, entonces, la lucha del Verbo de Dios encarnado, naciendo de las entrañas virginales de María Santísima, llegando a la Tierra, pasando aquí treinta y tres años rezando, enseñando, sacrificándose y, al final, traba la batalla de la Cruz, se deja crucificar y después resucita triunfalmente. No sin antes fundar la Iglesia, la cual, una vez instituida, comienza el gran combate del Cuerpo Místico de Cristo, que durará hasta el fin de los tiempos, cuando Nuestro Señor Jesucristo volverá y, con el soplo de su boca, destruirá al anticristo. En eso tenemos la idea más próxima posible a lo que sería una batalla arquetípica.

La Creación no nos fue dada solamente de un modo descriptivo como un álbum que hojeamos, sino para que subamos mucho más alto y nos acerquemos a Dios.



San Miguel luchando contra el demonio – Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona



Doctrina de las escaladas del espíritu

Llegamos así a una doctrina de las escaladas, no del cuerpo, sino del espíritu. Las escaladas del cuerpo no están fuera y mucho menos contra el plan de la Providencia, pero se encuentran mucho menos dentro de ese plan que las del espíritu, en las cuales está presente la gracia divina diciéndonos: “Hijo mío, presta atención en el mejor vislumbre, el cual te hace desear más: el pináculo misterioso de todo el orden del ser. Ese pináculo, hijo mío, lo conocerás en el Cielo: es Dios Nuestro Señor, Verdad, Bien y Bello absolutos. En Él, tu insaciable sed de absoluto se saciará eternamente.”

¡Qué escuela de santidad sería si, a fuerza de pensar en esas realidades, pudiésemos imaginar un poco cómo es el brillo que nos espera en el Cielo! No es pura fantasía. Si examino



Anunciación – Castillo de Plessis-Bourré, Francia

Flávio Lourenço

Archivo Revista



El Dr. Plinio en diciembre de 1982

con cuidado mi alma, notando las cosas que le dan un sobresalto especial de alegría y felicidad, de apatencia de absoluto, y otras que le proporcionan menos, entiendo cómo corre por allí la promesa de lo que voy a ver, voy a tener y, mucho más aún, la promesa de lo que voy a ser.

De esa manera me es dado un ligero gozo anticipado de lo que será mi presencia en el Cielo. Puedo conjeturar que mi Ángel de la Guarda presente eso e imaginar la alegría de mi encuentro con ese arquetipo mío, que me entiende completamente y en el cual reposo con plena confianza.

Pero subiendo por la escalera de los ángeles, llego

a la *Regina Angelorum*, síntesis de todos los espíritus angélicos. Y, al final, en la conducta noble, majestuosa, seria, apacible de Nuestra Señora, descubro un brillo por el cual veo a Dios. Así, no solo lo contemplo cara a cara, sino también, por así decir, dentro de los ojos de la Santísima Virgen.

He aquí cómo en una buena educación todas las materias deberían ser presentadas para formar los espíritus, desde los fundamentos más internos, deseando eso. Formadas así, ¿hasta dónde llegarían las personas? A un río de sabiduría, que no se confunde con información de archivo. ¡Qué fuentes de rectitud de alma, de santidad y de belleza nacerían así para el mundo!

(Extraído de conferencia del 11/12/1982)

1) Del latín: verdadero, bueno y bello.



Sentido jerárquico y Contrarrevolucionario

Los Siete Santos Fundadores Servitas propagaron una devoción que presagió la esclavitud a Nuestra Señora, predicada por San Luis Grignion de Montfort. El título de “Siervos” marca muy bien la diferencia entre la buena piedad católica y la Revolución.

A respecto de los Siete Santos Fundadores de los Siervos de la Bienaventurada Virgen María, cuya fiesta se celebra el 17 de febrero, dice Don Guéranger!:

Aclamados por los niños en las calles de Florencia

Cuando, en el siglo XIII, el desastroso cisma instigado por Federico II² y las facciones sangrientas dividían a los pueblos más civilizados de Italia, la providente misericordia de Dios suscitó entre personas ilustres por la santidad a siete nobles florentinos, cuya



La Santísima Virgen entrega el Escapulario a los siete Fundadores de los Servitas - Iglesia de los Dolores, Córdoba, España

Flávio Lourenço



Divulgação (CC3.0)



El papa Inocencio IV excomulgando al emperador Federico II en Lyon en 1245

sen una nueva Orden regular cuya misión sería venerar y promover sin cesar el culto de los dolores que Ella soportó al pie de la Cruz del Señor.

En la constitución de esta Orden bajo el título de *Servitas de la Bienaventurada Virgen*, contaron con el apoyo de San Pedro mártir, ilustre dominico, que se hizo amigo íntimo de los santos fundadores a quien, en una visión particular, la Madre de Dios reveló sus designios para esta fundación.

La Orden fue aprobada por el Soberano Pontífice Inocencio IV.

unión en la caridad daría un ejemplo memorable de amor fraterno.

En el año 33 de ese siglo, el día de la Asunción de la Santísima Virgen María, mientras ellos rezaban fervientemente en la piadosa cofradía “Laudesi”, la Madre de Dios se les apareció exhortándolos a abrazar un tipo de vida más santa y perfecta.

Habiendo pues conversado de antemano con el obispo de Florencia, estos siete hombres se despidieron prontamente de su nobleza y riquezas. Ellos tomaron como prendas hábitos viles y desgastados, y, debajo de ellos, cilicios. Se instalaron en un lugar apartado fuera de la ciudad el 8 de septiembre, ya que deseaban colocar bajo los auspicios de María Santísima esta nueva existencia, el mismo día en que Ella, habiendo nacido entre los hombres, comenzó su santísima vida.

Dios mostró por un milagro cuán agradable fue esta decisión para Él. De hecho, poco después los siete pasaron por Florencia mendigando de puerta en puerta. Sucedió que de repente, las voces de los niños, entre los cuales San Fe-

lipe Benizi, de sólo cinco meses de edad, los aclamaron como siervos, “servitas”, de la Bienaventurada Virgen María. Sería con este nombre que a partir de entonces deberían ser conocidos.

La Virgen les muestra el hábito que deberían usar

Después de este prodigio, el amor que tenían por la soledad los llevó a evitar el contacto con las personas, optando por retirarse al Monte Senario. Allí, entregándose a una vida completamente celestial, habitaban en las cavernas. Contentándose con agua y hierbas como alimento, castigaban sus cuerpos con vigiliass y otras maceraciones.

La Pasión de Cristo y los dolores de su afligidísima Madre eran el objeto de sus continuas meditaciones.

Un Viernes Santo cuando estaban meditando fervientemente en estas consideraciones, la Bienaventurada Virgen se les apareció una segunda vez, les señaló el hábito negro de que deberían revestirse, y les dijo que sería muy de su agrado que ellos funda-

Salud espiritual, virtud, alta civilización

En esta narración hay varios hechos magníficos que indican salud espiritual, virtud, alta civilización, que otrora ocurrían, pero que en nuestros días ya no se dan más, lo que indica la profunda putrefacción en la que se encuentra el mundo moderno.

Veámoslo punto por punto. Primero, existía en Florencia una cofradía en honor de Nuestra Señora que impedía los progresos de la herejía cántara. ¿Será que en nuestros días se fundaría una cofradía en honor de la Santísima Virgen para evitar el progreso de cualquier herejía? ¿Dónde encontraría aceptación tal cofradía?

En un momento dado, esta cofradía admitió a siete miembros de la aristocracia. Ahora bien, hoy vemos cuán arduo es el apostolado junto a las élites.

En una ocasión, los siete estaban rezando juntos. ¡Qué cosa tan hermosa encontrar a siete aristócratas rezando juntos! Fue cuando Nuestra Señora se les apareció exhortándolos a abrazar

un tipo de vida más perfecto. Entonces decidieron retirarse a la soledad.

Después de algún tiempo regresaron a la ciudad y sucedió algo maravilloso por lo cual las personas alababan a Dios y los niños clamaban a fuertes voces: “¡He aquí los siervos de María!” La admiración de la ciudad por los jóvenes que abandonan todo por amor de Dios, y cuando regresan son calurosamente recibidos, ¿sucede esto hoy en día? Vemos así cómo todo ha cambiado, la fuente misma del bien parece estar estancada, mientras que la del mal parece haber alcanzado el colmo de su miserable fecundidad.

El título de siervos de María los dejó alegres y decidieron dedicarse al culto de la Madre de Dios. Por lo tanto, Nuestra Señora habló por boca de los inocentes y les dio un nombre, que aceptaron con alegría.

En nuestros días, vasta conspiración contra la Iglesia

Entonces la Santísima Virgen se les apareció una vez más y les dio la misión de honrar especialmente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y las tristezas de María al pie de la Cruz. Es el *attendite et videte* –parad y ved si hay un dolor semejante al mío– que se canta en la Semana Santa.

Al pie de la Cruz, Nuestra Señora sufría en unión con los padecimientos de su Divino Hijo, no sólo por causa de los pecados que se estaban cometiendo allí, sino por los pecados de todos los tiempos. Por lo tanto, el inmenso pecado de apostasía –el peor de todos los siglos– los afligió en ese momento. Y por una reversión que es difícil que entendamos, los actos de reparación hechos hoy por nosotros consuelan a Nuestro Señor y a su Santísima Madre en el Calvario, porque al prever esta reparación nuestra, ellos se consolaron. De esta manera podemos consolarlos y desagaviarlos por los pecados cometidos hoy.

Entonces, qué significa esta expresión del profeta Jeremías: “Oh vosotros todos que pasáis por el camino, ¿parad y ved si hay un dolor semejante a mi dolor?” (Lm 1:12). ¿Qué significa “parad”? ¡Dejad vuestros pequeños problemas y preocupaciones, no os preocupéis con vuestros intereses personales!

Él no se refería a un camino material por el cual tal vez la gente pasaría cerca del Calvario, sino algo inmensamente más grande, el camino de la historia por el que transita toda la humanidad. Es una invitación a todas las personas que pasan a lo largo de los tiempos.

Esto en un mundo en el que se comete la peor de las ofensas a Nuestro Señor y a Nuestra Señora como nunca antes se practicó, porque en ninguna época hubo una tan vasta conspiración contra la Iglesia, y que llegase a una tan pequeña distancia de la victoria completa, de forma a constituir un superlativo de injurias.

Entonces, “parad y ved” es la misión de los siervos, es nuestra misión en nuestro siglo. Debemos ser almas reparadoras, tener en mente los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre. Sobre todo, con la idea de que los estamos consolando. Y si ellos tuvieron inmensos consuelos por la reparación de tantos santos a lo largo de la historia, también es cierto que recibieron una gota de alivio cuando tuvieron el conocimiento de que en este siglo de suprema apostasía estas palabras mías serían escuchadas con buenas disposiciones de alma.

Uno podría objetar que Nuestra Señora se les apa-

reció a ellos, pero no a nosotros. Aquí se aplica lo que el Divino Maestro le dijo a Santo Tomás: “Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin ver creyeron” (Jn 20, 29).

En la capilla de una de nuestras sedes tenemos una reliquia de los siete Fundadores de los Servitas. En una ocasión, alguien preguntó por qué hay una sola reliquia y se mencionan los siete santos.

Se le explicó entonces que ellos fueron enterrados juntos, de modo que a medida que el tiempo pasó sus



Profeta Jeremías - Catedral de Santa Cecilia, Albi, Francia



restos mortales se confundieron. Esta mezcla incluso de las cenizas de esos siete santos, que, en cierto sentido, formaban una sola alma y acabaron constituyendo una sola reliquia, dice tanto sobre las almas consagradas a Nuestra Señora que no se podría decir nada más.

Preanuncio de la devoción enseñada por San Luis Grignon de Montfort

Esta es una de las órdenes más antiguas especialmente fundadas para propagar la devoción a Nuestra Señora. Es muy bonito que lleven el título de Siervos de la Bienaventurada Virgen María. Como es evidente, este título presagia la devoción de San Luis Grignon de Montfort sobre la esclavitud a Nuestra Señora, con un despojo completo de todos los bienes presentes, pasados y futuros, incluyendo los espirituales, que son los méritos de nuestras buenas obras, puestos en las manos de María Santísima.

Ese título marca muy bien la diferencia entre la buena piedad católica y la Revolución. Hay quienes lo consideran indigno del hombre de nuestro siglo, como apropiado para ser usado en el pasado, pero no en nuestro tiempo cuando la esclavitud fue abolida; nadie más debería ser siervo, ni siquiera de Nuestra Señora. Así, con relación a ella se podría llamar hijo, pero no esclavo, porque la dignidad humana no conlleva tal título, ni siquiera en relación con la Santísima Virgen.

Por supuesto, ésta es una declaración igualitaria de carácter revolucionario.

Siendo Nuestra Señora la Reina absoluta del Cielo y de la

Tierra, en relación con Ella todos son siervos, y es un honor el serlo. Es por eso que aspiramos y consideramos que es nuestro deber ser verdaderos esclavos de Ella, porque así seremos auténticos hijos. Porque la amamos como hijos, queremos servirla como siervos.

A los siete Fundadores de esa Orden religiosa, a la que quisieron dar el nombre de Siervos de María, la Iglesia los canonizó, instituyendo esta Orden, aprobando y promulgando sus reglas. Así, el magisterio de la Iglesia, de diversas maneras, indica que en relación a Nuestra Señora se debe ser siervo. Debido a que la

amamos como niños, queremos servirla como siervos.

Los siete Fundadores de esa Orden religiosa, a la cual quisieron dar el nombre de Siervos de María, fueron canonizados por la Iglesia, instituyendo esa Orden, aprobando y promulgando sus reglas. Así, el magisterio de la Iglesia, de diversas maneras indica que en relación a Nuestra Señora se debe ser siervo.

El espíritu demoníaco de la Revolución, no queriendo ningún tipo de superioridad, no se contenta con abolir la jerarquía en la tierra –tanto la eclesiástica como la temporal–, sino que quiere negar incluso las desigualdades en el orden sobrenatural. Cuestiona la existencia de las inmensas desigualdades establecidas por Nuestro Señor entre su Madre y las demás criaturas, como Reina de todos los Ángeles y Santos y de todo el universo.

Si los siete santos servitas resucitaran y vieran las abominaciones proferidas por labios católicos y amadas por corazones católicos, ¡qué indignación tendrían, que reproches harían!

Debemos pedirles a ellos que intervengan aquí en la tierra y ayuden a establecer una verdadera devoción a Nuestra Señora entre los hombres y, con esa devoción, el sentido de la jerarquía y de la Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencias del 11/2/1965 y del 11/2/1966)



El Dr. Plinio en febrero de 1966

1) Cf. GUÉRANGER, Prosper. *L'année liturgique*. Paris: Librairie Religieuse H. Oudin. 1900. Suplemento, p. 476.

2) Federico II (*1194 - †1250), Emperador del Sacro Imperio Romano Alemán.

Bécassine, el espejo de la Francia arquetípica

Sumergiéndose en la vastedad de su discernimiento, el Dr. Plinio analiza los aspectos arquetípicos de Francia anteriores a la I Guerra Mundial, describiendo con suma atracción y encanto los diseños de la historia de la niña bretona, Bécassine.



Ilustraciones: J. Pinchon

Ya tuve ocasión de narrar la historia de mis viajes a Europa, las personas que conocí por allá, sus actitudes ideológicas o tácticas frente a la confrontación entre la Revolución y la Contra- Revolución, y cuáles eran los elementos contrarrevolucionarios actuantes, militantes en la Europa de los días en que la visité.

En esas narraciones tuve como corolario la necesidad de describir uno u otro personaje y el ambiente en el cual se ubicaba. Y, de *proche en proche*¹, fui movido a patentizar la diferencia entre la Europa arquetípica, desde Carlostagnano hasta sus últimos suspiros en 1914, y la del período en que comenzó su agonía, la cual perdura hasta hoy.

Hablaré ahora respecto de los tipos y arquetipos de los países europeos, dando un énfasis especial a la nación francesa, con vistas a diferenciar la Francia arquetípica de aquella que encontré.

Un verdadero manual de psico-sociología

La Francia arquetípica fue la que vivió, bajo aspectos y grados diversos de Revolución, hasta la I Guerra Mundial. Entre las dos guerras, esa nación ya comenzaba a tornarse decadente por la inferioridad que toda Europa sentía en relación a Estados Unidos. Después de la II Guerra Mundial, ella ya no era más arquetípica.

¿Cómo presentar, entonces, esa Francia arquetípica de la *Belle Époque*, o sea anterior a la I Guerra Mundial?

Una salida idónea que encontré fue tejer algunas consideraciones sobre una historietita con diseños. Tal vez, cualquier francés que oyera decir esto se reiría; no obstante, yo no sólo pienso, sino que afirmo que esto es así. La Francia arquetípica está presentada en aquello que yo llamaría de verdadero manual de psico-sociología: las ilustraciones que el Comandante Pinchon hizo para Bécassine. ¡Aquello es un encanto, un prodigio de psicología y de estudio de hábitos sociales!

Sería muy interesante, útil y concluyente si tomáramos varias figuras de un álbum de Bécassine y fuéramos examinando los diseños para que entendamos lo arquetípico de Francia, porque hay ciertas realidades que el lenguaje humano no consigue describir, pues no agota ni contiene enteramente, de tal manera son inagotables.

Desde pequeño fui lector de Bécassine, y pasados sesenta años volví a tomar contacto con la historia de la niña bretona. Es verdad que la historietita me impresionaba muchísimo menos que los dibujos, porque consideraba que la narración era hecha para niños, que hace sonreír y produce un cierto entretenimiento, pero no pasaba de eso.

Los diseños no, pues siempre reputé al individuo que los hizo –el Comandante Pinchon– un verdadero psico-



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

sociólogo, como yo entiendo que este debe ser. Tomó la figura típica de los hombres de la época, en el estilo de la vida corriente de entonces. Y así retrata épocas enteras en las circunstancias de la vida familiar.

Pretendo, por lo tanto, hacer el comentario de esas figuras del punto de vista psicosociológico; no considerar apenas el aspecto sociológico. Mi intención es analizar cuál era la mentalidad contrarrevolucionaria de la época y cómo ella todavía se hacía percibir en algunos aspectos, hasta ir cediendo y desapareciendo gradualmente.

Los dos polos de la simbología: la élite y la plebe

Recordemos que Bécassine era una campesina de Breñaña, hija del matrimonio Labornez. Ellos vivían en una pequeña aldea de nombre encantador: “*Clocher-les-Bécasses*”, la cual existía en función del castillo de un matrimonio de marqueses, *Monsieur le Marquis et Madame la Marquise de Grand Air*.

Es menester notar que en la historia de Bécassine hay dos ambientes diversos: uno es antes de la guerra, donde se delinea la Francia arquetípica todavía viviendo sus últimos días; otro es durante y después de la guerra. Comienza a cambiar el ambiente para entrar en otro mundo mucho más revolucionario, en el cual los arquetipos comienzan a caer.

Fijemos la atención en dos figuras centrales, los dos polos de la simbología. Madame de Grand Air –la Señora de los Grandes Aires– y Bécassine representan la élite y la plebe, aunque no propiamente contrarrevolucionaria, pero, al menos, no revolucionaria. Viven como si no supieran que existe una Revolución, no les extraña ni luchan contra ella. Y más aún: delante de algunos hechos revolucionarios, el narrador de Bécassine no la pone indignada, sino apenas espantada.

Por ejemplo, el caso del sobrino de una pariente de Madame de Grand-Air.

Después de la II Guerra Mundial, Bécassine va a un edificio de departamentos, muy bonito y bien arreglado, para prestar servicio de empleada doméstica a una pariente de Madame de Grand-Air, haciéndole un favor porque no tenía criados.

Llegando allá, pregunta por el portero y le explican que se encuentra en su departamento. Y ella dice:

–Pero, ¿cómo? ¿El portero vive en uno de esos departamentos de los dueños?

–Sí– era un conde, el portero del edificio.

Ella se espanta y dice:

–¿Cómo es eso?

–Él es el sobrino de la Sra. Condesa –aquella a quien iría a prestar los servicios, y que vivía en otro piso– pero por causa del congelamiento de los alquileres, quedó muy pobre. Es por eso que el Sr. Conde sirve de portero, en cuanto los otros dueños le pagan para mantener los departamentos y evitar que entre gente indigna de vivir allí.

Él era, al mismo tiempo, empleado de todos, amigo de todos, pariente de algunos, y en las horas libres, almorzaba y cenaba en los departamentos de sus iguales. Es un fenómeno eminentemente revolucionario. Bécassine muestra una sorpresa graciosa y hasta divertida del hecho, pero no tiene indignación. Tampoco muestra complacimento. Ella pasa sin tomar una actitud doctrinaria.

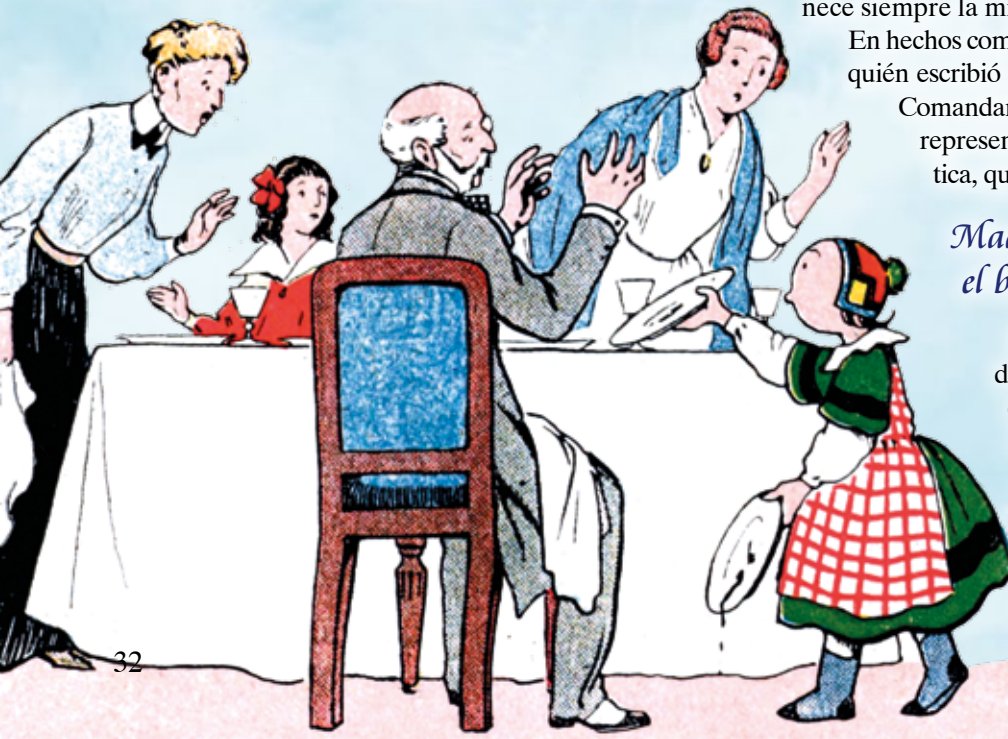
Inclusive, después de la guerra, se nota que Madame de Grand-Air pierde también algo de sus aires de grandeza, pues al perder su fortuna, va a vivir en una casucha en Versalles, donde, empobrecida, se pasea con su cocinera en un parque abandonado. Un tiempo después, la marquesa recupera la fortuna, sin embargo, ya no vuelve a ser lo que era antes de la guerra. La única que permanece siempre la misma es Bécassine.

En hechos como esos, podemos discernir el espíritu de quien escribió la historia. Y los diseños hechos por el

Comandante Pinchon constantemente revelan y representan esa vida de la Francia, paradigmática, que yo no sabría como describir bien.

Madame de Grand-Air en el bautismo de Bécassine

Para que podamos hacer una sesión de arquetipos, yo elegiría una escena característica de antes de la Guerra: la escena de Madame de Grand-Air, aún muy joven, llegando a la aldea, en su carruaje, para el Bautismo de Bécassine, pues fue invitada a ser la madrina de la niña.



Analicemos la escena. Vemos tres personas presentes: la marquesa, el cochero y un campesino, probablemente Monsieur Labornez, que viene a recibir a la marquesa. También están presentes tres animales: dos caballos y un perro. Y no podemos dejar de analizar el carruaje.

Madame de Grand-Air está representada con una mezcla de joven y de señora. ¿Qué tiene de joven? La fisonomía, la posición de la cabeza, la mirada, la levedad de los gestos con los brazos, la configuración del cuerpo, los colores alegres del traje, la sombrilla roja, el sombrero con una cinta de lazo grande del lado: todo eso sugiere juventud. ¿Qué indica que la marquesa es una señora formada? Está sola en el carruaje, sentada del lado derecho, conforme mandaba el protocolo cuando alguien viajaba solo.

Los dos brazos son simétricos, revestidos de dos grandes guantes de piel blanca, que llegan hasta la manga del vestido. Al erguirlos, la fisonomía de la noble queda casi como entre una moldura; es un movimiento sumamente distinguido. El brazo izquierdo es tan leve, que parece que no está sujeto a la acción de la gravedad, como si la sombrilla no estuviese pesando nada. El otro brazo saluda a Monsieur Labornez de un modo afable.

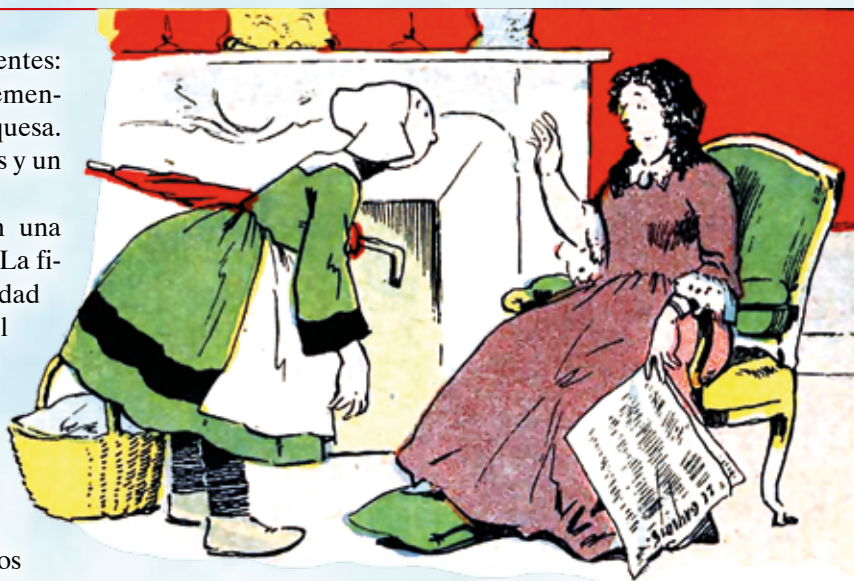
El pudor del traje es notable. Vean hasta donde llegan el cuello y la falda. Ella está toda cubierta.

Ella demuestra una gran seguridad. Está sentada en el coche, con el cuerpo y la cabeza erguidos, y, a pesar de que la mirada es benévola hacia Monsieur Labornez, ella lo mira muy de arriba, propiamente como se debe mirar a un campesino que trabaja para ella. Es decir, ella conoce y sabe mantener la distancia, pero, sobre todo, sabe hacer incidir el arcoíris de la benevolencia y de la simpatía de manera que ella es muy agradable en su mirar.

Un cochero dignificado por el contacto con la nobleza

La importancia de la marquesa es realzada por el cochero. Noten como su indumentaria está bien cuidada: una especie de dolmán o saco pequeño sobre un chaleco rojo, un sombrero de copa con una cinta enrollada. Su aspecto es tieso, con la corpulencia de un banquero cuando va llegando a los sesenta años. Está manejando el carruaje dentro de la aldea, por lo tanto, en medio de los campesinos. Si estuviese recorriendo el *Bois de Boulogne*, no podría estar más solemne. Se diría que está transponiendo una avenida donde reyes, príncipes o millonarios son tan frecuentes como los niños corriendo por las calles.

Él maneja el carruaje ufano de su importancia, no tanto por guiar los caballos, sino por transportar a Madame de Grand-Air. Su fisonomía expresa lo siguiente: “¡Vean como yo soy importante porque llevo a aquella que vie-



ne atrás! ¡Señores abran camino, la marquesa está pasando!”. Esa actitud del cochero contrasta con la afabilidad de la marquesa. Es muy apropiado para una señora que es superior hacerse preceder por un hombre capaz de defenderla, dándole la posibilidad de ser leve y graciosa, y muy bien acogida, porque tiene quién garantice el respeto.

La marquesa no es tan rica cuanto fina. Se percibe que tiene dinero, pero llama más la atención su distinción. El cochero, por el contrario, es un hombre del pueblo, pero por el hecho de estar en contacto continuo con ambientes excelentes, algo se le impregnó, resultando un hombre mucho más imponente, como alguien que frecuenta grandes casas, que un cargador corpulento de una estación de tren.

Mientras la marquesa mira al Sr. Labornez con toda amabilidad, el cochero permanece serio sin mirarlo, porque el campesino, para él, es inferior. Así le da a entender de forma implícita: “¡Cuidado porque ella es una marquesa!” De esta manera el orden social queda resguardado en el equilibrio de sus dos elementos constitutivos, la reverencia y el afecto.

Aspectos auxiliares ricos en significado

Los caballos tienen parte en eso: blancos, muy bonitos, limpios y bien cuidados, con anteojeras y pretal de cuero beige, muy armónicos entre sí. Sin ser caballos de altísima calidad –son propios a una marquesa, ella no es una princesa– andan bien enjaezados. Por cierto, esos animales tienen un aire de personas sensatas, criteriosas, que hacen su camino con una cierta seriedad y no imponen ningún riesgo, como si estuviesen habituados a trotar por las calles de París. Merece especial atención el caniche, raza de perrito, de estimación del marqués y de la marquesa. Una mascota negra, ultra lavadita, como se percibe en el dibujo, vestida con una especie de ropita, pero no es para abrigo. Por el traje de la marquesa y del



Sr. Labornez, y por toda la luminosidad esparcida en el carruaje, se percibe que es un día claro y caliente. Por lo tanto, la ropa del perro es solo para dejarlo más bonito, leve, pues siendo un animal negro, queda gracioso que esté vestido de blanco. Está hecho el contraste.

Es evidente que el caniche venía en el carruaje y cuando este paró, con la vitalidad propia de ese tipo de animalito, saltó y comenzó a correr por el suelo, y el Comandante Pinchon quiso acentuar la nota leve y graciosa por el modo de diseñar el rabito, las orejas muy puntiagudas, las patas bien estiradas, todo eso da la idea de vitalidad y levedad, de salto ágil. Además, el pintor deja transparecer algo de la vida delicada e íntima de la marquesa, pues evidentemente es un bicho habituado a ser tratado como *bibelot*, está siempre contentísimo porque sólo existen manos de terciopelo para acariciarlo, recibe leche de la mejor para beber y, sin dudar mucho, come brioche mojado en la leche.

Ese caniche está para los demás perritos como la marquesa en relación a una mujer común que anda por la calle. ¡Todo cuanto rodea a la marquesa es “amarquesado”! Es el *décor* de la marquesa.

Para que todo quede bien estudiado, falta analizar el carruaje. El tapizado es *capitonné* verde musgo. Es un sistema de forrar sofás o cualquier mueble de cuero clavando botones profundos. Ya las partes exteriores son negras. Las ruedas son de colores claros, contrastando poco con el beige de los caballos, pero el eje de la rueda, la parte mecánica, también es negra.

Solemnidad y levedad en el sentido de proporción propio del francés

¿Cuál es la razón de ser de esto? Según el buen gusto, un vehículo de ese género debe tener colores oscuros del lado de afuera para dar una buena impresión, pero por dentro colores claros para que quede agradable. Aún más cuando el carruaje queda todo abierto y se ve por entero su interior, causando esa impresión de algo leve. El negro es solemne. Solemnidad y belleza se alían aquí una vez más con aquel sentido de proporción propio del francés.

Ahora bien, es preciso mirar las luminarias. Habitualmente, la tapa de los faroles era de cristal y las caras internas de espejo, de manera a irradiar la luz para todos



Émile-Joseph Porphyre Pinchon, ilustrador de *Bécassine*

lados. La parte de hierro es toda negra, pero hay una parte niquelada en el cabo y encima. Aquí las representan plateadas, pero acostumbraban ser doradas. Todos esos detalles servían para marcar la solemnidad del negro, la alegría y la levedad del aspecto ornamental del carruaje, que eran los faroles.

En el todo, se ve como el número de formas, colores y diseños, que un carruaje como esos comporta, es coherente y bien analizado. Corresponde a un período que aún poseía vestigios del *Ancien Régime*, en el cual todo procuraba realzar en los grandes personajes la delicadeza, la finura, la elegancia y el requinte. Una

época en que el poder y la riqueza están presentes, más insinuados que mostrados. Todo cuanto es materia queda medio disfrazado, mientras que lo principal, que es el espíritu, aparece bien definido, o sea, la levedad, la distinción, la elegancia, también el recato y la pureza.

La marquesa es una pura madre de familia que cuida de sí y no tiene nada de lo que hoy se llamaría sensual. Además de ella, el cochero y hasta el Sr. Labornez son tales que la preocupación sensual no pasa por la cabeza de ellos, y ni siquiera el mundo del horror, de la tara y del vicio. Por ejemplo, nadie podría imaginar que ese carruaje parase en una ciudad moderna, junto a un quiosco, y alguien entregase a la marquesa una revista inmoral. ¡La simple hipótesis es desagradable! De tal manera ese mundo de belleza y distinción está distante de la corrupción. La virtud, por lo tanto, está colocada en el candelabro, mientras que la corrupción se esconde en la alcantarilla.

Describiendo a Monsieur Labornez

Me falta examinar al padre de Bécassine. Él no es americanizado ni anglicanizado. El francés de antes de ese siglo no usaba el cabello corto, sino largo; los nobles usaban una peluca. El cabello de Labornez está lavado y peinado con aquel típico peine grueso, llega hasta los hombros y en la frente forma una franjita, pero no tiene nada parecido con el sistema *hippie*. Su aspecto general da una impresión agradable de salud, limpieza, calma y confianza reverente en la marquesa.

El Sr. Labornez evidentemente no es un hombre gordo, pero tampoco es flaco. Da la idea de estar bien nutrido, pues es un trabajador manual. Su cayado, por ejemplo, sirve tanto para espantar ganado en el campo como para ayudarlo a andar. A pesar de ser un campesino, tra-

bajador manual del campo, el Sr. Labornez no es un *sans culotte*², usa culotte y medias largas, a la manera de los hidalgos en el *Ancien Régime*.

Su ropa se compone de dos piezas, un saco de color azul claro, alegre, limpio y bien conservado, aunque ya medio usado, hecho de un paño fuerte, difícil de desgastarse. En la punta de la manga que llega hasta el pulso tiene una aplicación de tejido rojo, recordado un poco el saco del cochero. Finalmente, unas medias gruesas, que ni el mosquito ni la abeja consiguen perforar.

El diseño es tan cuidadoso que hasta las medias tienen un detalle. En la parte inferior, donde tocan los suecos, tienen una aplicación roja parecida a la de la manga. Con certeza fue bordada por la Sra. Labornez en una noche de invierno. Por cierto, esa ropa es hecha en la casa, no piensen que fue comprada en la tienda. Y noten, ¡es traje de fiesta! Es capaz de haber sido la ropa de su casamiento, confeccionada hace seis o siete años, pero la viste en días solemnes como en la noche de Navidad, en la Pascua, cuando tiene algún casamiento en la aldea, en el Bautismo de la hija, en la fiesta de la toma de posesión del alcalde, etc.

Todas las figuras están hechas para despertar una discreta sonrisa. Pinchon diseña las piernas finitas, un tanto irregulares, modeladas por las medias, contrastando con los pantalones amplios –de lino o un tejido cualquiera blanco, y probablemente un cinto de cuero con una hebilla común que no aparece ahí–, y los suecos en los pies, lo que indica falta de origen aristocrático.

En el sombrero grande del Sr. Labornez vemos la misma combinación de un co-

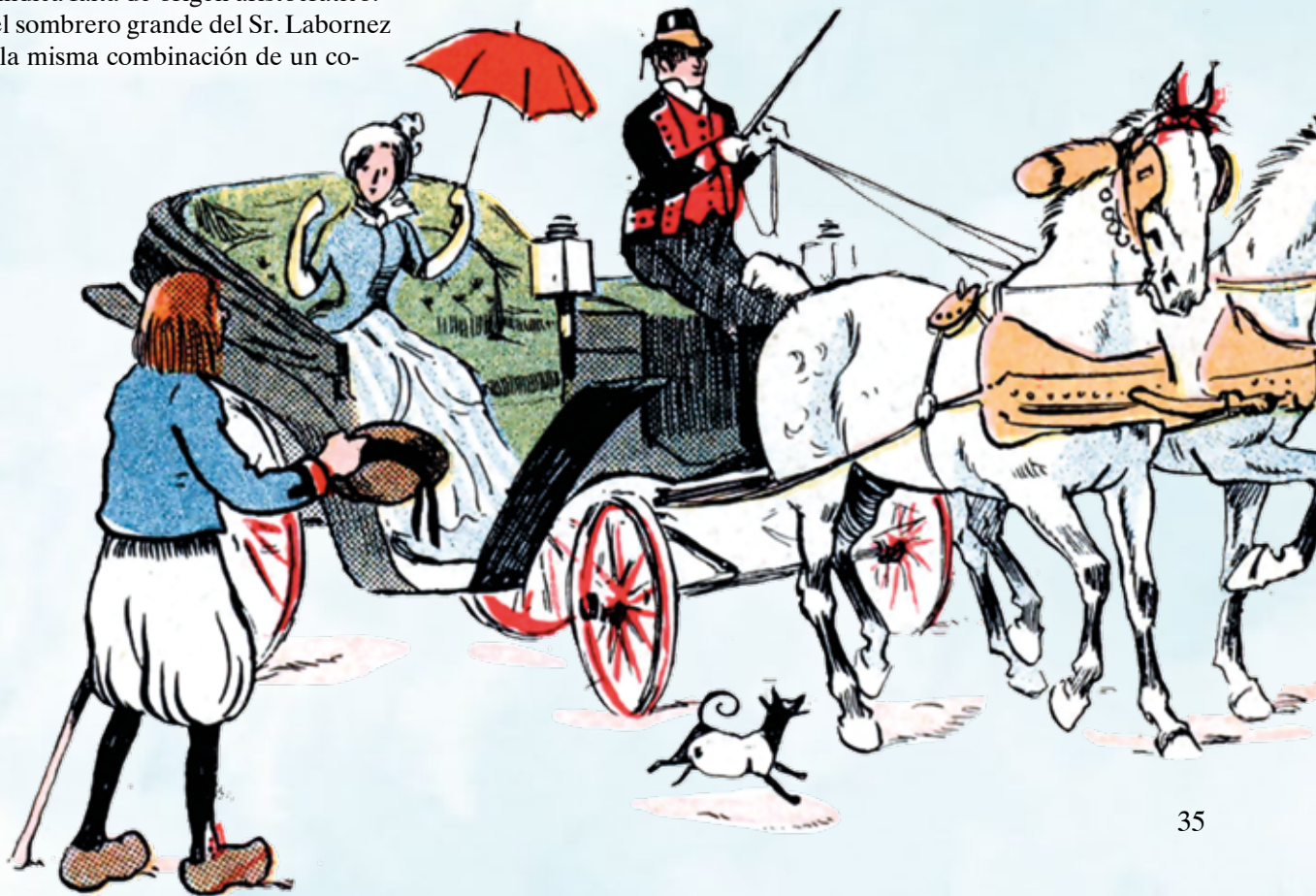
lor más claro con la faja negra. Se sacó enteramente el sombrero para saludar a *Madame la Marquise*. Inclusive, se percibe que levanta la mirada para verla. Es respetuoso, pero no está nada tenso, ni ansioso en nada, porque ella lo coloca a gusto. Él está muy alegre de verla y sintiéndose muy honrado. La palabra francesa adecuada para eso es *flatter* con la presencia de la marquesa.

Pinchon supo aprovechar muy bien los colores para valorizar el diseño. La moldura negra del saco da un aire un poco más serio y varonil, en cuanto el azul claro tiende a la jovialidad de un hombre que tiene sus treinta años, pero ya es un jefe de familia casado y con responsabilidades.

Con eso está agotada la llegada de la marquesa al Bautismo de Bécassine. Para una próxima ocasión me gustaría tratar respecto de la alegría y la vida del pueblo simple, como también de la marquesa. Versar sobre la concordia y no de la lucha de clases. ❖

(Extraído de conferencia de 10/5/1980 y 14/5/1980)

- 1) Expresión francesa que significa “paso a paso”. Literalmente, “de próximo en próximo”.
- 2) Del francés, literalmente, “sin culotte”. Término que en la Revolución Francesa pasó a designar a los revolucionarios insurgidos contra la nobleza, cuyos miembros usaban el característico *culotte*.





Gabriel K.

Virgen María – Galería Nacional de Arte, Washington

Admirable ejemplo de amor y odio

María Santísima deseaba que los justos, viviendo en la Tierra, encontrasen en la venida del Mesías la realización de sus ansias y de sus esperanzas, que los vacilantes se reanimaran y que, de todos los abismos, almas tocadas por la luz de la gracia levantaran vuelo para los pináculos más altos de la santidad. La Virgen quería la gloria de Dios por esa justicia que es la realización en la Tierra del orden deseado por el Creador.

Sin embargo, pidiendo la venida del Mesías, María no ignoraba que Él sería la piedra de escándalo por la cual muchos se salvarían, pero también muchos recibirían el castigo de sus pecados. Ese castigo del pecador obcecado y endurecido Nuestra Señora también deseó de todo Corazón, y constituyó una de las consecuencias de la Redención y de la fundación de la Iglesia.

“Ut inimicos Sanctae Ecclesiae humiliarae digneris, te rogamus, audi nos – Que os dignéis humillar los enemigos de la Santa Iglesia, te rogamus, óyenos”. Ciertamente, antes de la Liturgia, el Inmaculado Corazón de María ya elevó a Dios una súplica análoga por la derrota de los impíos irreductibles. ¡Ejemplo admirable de verdadero amor y de verdadero odio!

(Extraído de *Catolicismo*, septiembre de 1954)